

UNA MALDICION MUY ESPECIAL...



CAÍN

LA SOMBRA DE UN CAÍDO



CRISTO

The word 'CAÍN' is written in a large, black, serif font. The letters are partially obscured by a branch of pink cherry blossoms with green leaves, which is positioned behind the text. The blossoms are in various stages of bloom, adding a delicate and somewhat somber touch to the title.

LA SOMBRA DE UN CAÍDO

Cristo

A Marta Ofelia, su hija Sandra Ferreyra y flia.

Obras inéditas, protegidas por la ley vigente de la constitución nacional artículo 17, por derecho de autor bajo escribano público y patentamiento.

Totalmente registrada la saga Mon por su salida en físico como digital y el registro de 18 frases, sea expresiones del protagonista masculino o mi forma narrativa que, son absolutamente mías y se notará, a medida del transcurso de la lectura. Prohibiendo su reproducción total o parcial, adaptación y distribución de ellas sin mi consentimiento.

Primera edición: Noviembre 2020.

Diseño de portada: Sareli García.

Maquetación: Sareli García.

Corrección: Cristo Alcalá

Imágenes: <https://www.freepik.es/>

Prólogo



El carrusel gira.

De pie y frente a él, lo observo maravillada.

Miro a mi alrededor algo confusa.

Porque no sé, si es de día o de noche.

Pero el carrusel brilla con sus luces encendidas, por los pequeños focos que en hilera y uno al lado del otro, lo forman y rodean como si fuera esto último.

Decorando y sobre él, los caballitos en madera que solo de eso se componen y suben como bajan, desde su eje multicolor y al compás de la música.

Melodía que me recuerda a la cajita de joyas que tenía mi abuelita.

Y cual, abriendo esta.

Su canción brotaba de forma suave y pausada mientras una pequeña bailarina clásica giraba sobre ella.

El carrusel es dorado con sus diseños alegres e infantiles.

¿O de oro?

Y sobre el medio de este, mientras rota de forma alegre.

Un gran árbol de frutos.

Un manzano.

Muy dentro mío, presiento a verlo visto alguna vez.

No lo sé.

Creo.

Pero su grueso tronco con sus ramas y frutos rojos, me es familiar.

Aliso mi vestido blanco que llevo puesto para luego con mis manitos entrelazadas por delante dar unos pasos hacia el carrusel, algo tímida.

Porque es hermoso y te invita a jugar con él.

Te llena de paz...

Extiendo mi brazo para montarlo, pero en ese momento un llanto llama mi atención.

Creí que estaba sola.

Pero, no.

Hay un niño y solo un poco mayor que yo.

Que en un rincón sentado en el suelo, rodillas desnudas y contra su pecho abrazado a sí mismo; llora.

Aunque su rostro lo tiene oculto contra él, puedo sentir su dolor y sus lágrimas.

Mucho.

Como si fueran míos...

No lleva ropa, más que unos pantalones cortos del color de mi vestido.

¿Sus lágrimas de dolor, será por frío?

—¿Por qué lloras, niño? —Pregunto de forma dulce, acercándome e inclinada a él.

No me contesta como tampoco eleva su rostro para mirarme.

Pero al sentir mi voz, deja de hacerlo.

Y un rubor sube a mis mejillas, al sentir su rechazo y juego con un pie en el suelo a la espera.

Pero, solo silencio.

La melodía del carrusel me llama y me volteo a él sonriendo, mientras me saco el abrigo que me cubre también de tono blanco y se lo apoyo sobre sus hombros desnudos.

El contacto suave.

Cálido.

Y contra el frío por su textura.

Lo hace estremecer y con asombro levanta su barbilla para mirarme, pero sin moverse de su postura.

Y para sorpresa mía.

Sus ojos son del mismo color de su pelo, algo largo como desordenado.

Un plata ceniciento.

Hermosos.

—Gracias... —Murmura cálido.

Y extendiendo mi mano hacia él.

—Ven. —Digo y sin dudar, acepta.

Y siento que las luces del carrusel brillan más fuerte, al entrelazar nuestras manos.

Su lindo rostro infantil, hace una mueca curiosa.

—¿A dónde? —Pregunta, incorporándose y sin sacarse mi abrigo sobre sus hombros, mientras se deja llevar por mí y limpia sus lágrimas con el dorso de su otra mano.

Le sonrío y señalo el carrusel.

—¡A montarnos! —Exclamo alegre y por notar que su llanto fueron reemplazado por una tímida sonrisa—. Me llamo Sandra... —Me presento.

—Septiembre... —Repite, el mes que nos encontramos.

Río con ganas y negando.

—No, Septiembre... —Miro a sus ojos plata. —...Sandra...

Ahora, él niega.

—Para mí, Septiembre... —Dice dulce y tímido.

Pero decidido.

Y mi carcajada infantil, se siente.

—Esta bien... —Le murmuro sin soltar su mano—... Septiembre, entonces... —Acepto su forma de llamarme.

Y algo golpea mi pecho al decirlo, por sentir mi nuevo sobrenombre en voz alta por mí.

Y lo confirma su sonrisa de satisfacción.

Notando.

Que esa presión en mi pecho.

Es como un sello.

Y su mirada sonriente.

¿Al igual que el árbol frutal, familiar?

Sacudo mi cabeza, porque no puede ser.

Somos niños y lo acabo de conocer.

—¿Cuál es el tuyo? —Pregunto, caminando con él a mi lado.

Siendo por la poca edad que parece llevarme, mucho más alto que yo.

Sus pies descalzos se detienen y se cubre más con mi abrigo, borrando esa linda sonrisa que dibujaban sus labios.

—Por eso lloraba... —Susurra triste. —...no recuerdo nada...

Oh.

Y mi abrazo de consuelo repentino, lo estremece.

Porque lo necesita.

Sentí, la necesidad de hacerlo.

—No importa... —Digo apartándome de él y tirando mi rubio pelo hacia atrás, pero sin soltar su mano. —...voy ayudarte a que lo descubras... — Le digo convencida.

Y sus ojos claros de color casi blanco y ceniciento como su pelo, se abren y un rubor en sus mejillas se iluminan, pese a su palidez.

—Septiembre... —Solo repite ese sobrenombre que me puso, sorprendido ante ese contacto, mirándome a mí, para luego mis bracitos envueltos sobre él.

Entre feliz.

Asustado.

¿Y agradecido?

Pero no le doy tiempo a ninguna emoción, porque no deseo volver a verlo triste.

Yo no quiero, verlo nunca más así.

Y lo jalo, sonriendo con la música invadiendo el lugar con nuestras risas y con ella, disfrutando sobre los caballitos multicolor de madera al montarnos al carrusel.

Me giro del mío sobre mi hombro y riendo, para ver al niño de cabellos y ojos color plata detrás mío sobre otro.

El también, ríe.

Mucho.

Ambos lo hacemos felices al ritmo bajando y subiendo de ellos.

No sé, si esto es un sueño o no.

Elevo mi mirada al techo multicolor y con su dorado luminoso del carrusel, sobre nuestras risas de felicidad.

Y le ruego.

En realidad al cielo, sobre él.

A Dios.

Que yo, quiero.

Le pido con mi alma.

Que no lo sea.

Y bajo mi pedido, por ese ruego.

Y ambos nos miramos asombrados por eso.

Que el carrusel con sus luces.

Y cientos de plumas blancas, caen como si fueran delicados copos de nieve en suspensión, bajando por su delicada suavidad.

Brilla, mucho más...

Capítulo 1



El par de hielo, flota en mi *Bourbon* en un clásico vaso de whisky y con pequeñas gotas de miel.

Intenso y con cierto dejo dulce, pero sin quitarle su origen escocés como antonomasia de toda la vida de una única cebada malteada y pura, sintiendo su choque y sostenido este, por mis dedos acoplándose al sonido del agua por estar sentado fuera de un pintoresco bar y a pocos metros de la costa, que por el movimiento con su suave oleaje chocando con ella, como gran y paradisíaco lugar turístico como veraniego que es.

Que por su hora y sobre el ocaso.

Como un péndulo en su color fuego en tonos naranjas, dorados y ocre, se oculta sobre el horizonte marítimo.

Haciendo que pierda mi mirada plata, detrás de mis lentes de sol que llevo puesto al paisaje náutico y playero, como gente disfrutando de este e interrumpa mi lectura del libro que sostengo en mi otra mano y apoyándolo, en una pierna cruzada sobre la otra con cierta postura como aire elegante y mi por demás, fino traje en tres piezas que llevo puesto en su negro oscuridad y de corte sastre europeo conforme a la temporada.

Pero, muy acorde pese al lugar.

No lo mal interpreten, por favor.

Déjenme explicarles.

Pese a estar en un sitio llámenlo playero.

Vacacional.

O de descanso y asueto, que por su clima tropical como paisajes y plazas, conformadas por prestigiosas cadenas hoteleras que superan las cuatro estrellas sin titubear.

Y donde es elección, tanto de familias para distenderse de sus obligaciones rutinarias o puede laboral como social y hasta de ejércitos juveniles con sus hormonas a flor de piel en sus periodos de descanso para venir.

Sonríó.

Para disfrutar del día a día con sus playas y mujeres a la orden de estas, en sus sugerentes bikinis o del abuso excesivo que la noche con sus fiestas y juergas.

Que otorgan.

Sonríó más.

Y te llevan.

A la tentación.

Puedo vestir armónico al lugar en que me encuentro, que bajo su música calma como tranquila que rodea y envuelve el recinto a la ocasión incitando e invitando a ello.

A la elegancia.

Por ello, no se confundan damas.

Ya que, puedo.

Si notan mi presencia.

¿Cómo, les explico?

Suspiro dando un pequeño sorbo a mi ética bebida, para luego apoyar mi brazo en la mesa que estoy y mi barbilla en mi puño de forma tranquila, pero sin perder mi postura refinada en la silla mientras pienso.

Y mi media sonrisa vuelve, ante el ciento de sinónimos que me han puesto a lo largo de los tiempos, pero eligiendo uno de mis favoritos.

Ser un camaleón.

Sí, como leyeron.

Uno de muchos y que varias veces he sentido que me nombran así.

¿Por qué, dicen?

Simple.

Porque, tengo la asombrosa facultad de cambiar.

En el nombrado animal, su color.

En mí.

De acuerdo a las circunstancias que amerite.

Su lengua es rápida.

Sonríó más, sobre otro trago a mi whisky.

La mía, también.

Sus ojos por esa gran capacidad de visión, fascinan y desconciertan.

Mientras los míos y en su color único.

Mezcla de agua y el tono plata, al igual que el color natural de mi pelo, cual siempre llevo a medio recoger por su cierto largo.

Confunden.

Conmocionan.

Provocando, la turbación y que te pongas nerviosa al sentirme cerca.

O sí, tal vez te toco.

Porque eso soy.

O en su defecto a dichas y diferentes circunstancias, llevándome a ello.

Mi otro, yo.

Al sobrecogimiento.

Rechazo.

Miedo.

Y con ciertos toques de angustia.

A un temor..

Donde a veces, puedo aparecer y por ello, tal ese apodo.

Vestido con sofisticación y traje como en esta deliciosa y acogedora tarde de verano.

Y otras, solo llevando unos viejos pantalones de gimnasia a juego con su abrigo y capucha corriendo por alguna costanera o zona deportiva, porque me gusta estar en forma y pese a mis ideales como prejuicios de todos, llevar cierta vida sana.

También y por qué, no.

Algún uniforme, si el tiempo lo merece.

Se los dejo a su imaginación como explicación de eso para más adelante.

Porque mi punto es llegar a lo que aparento y en realidad soy, detrás de toda esa fachada la

mayoría de las veces.

Un simple muchacho más o menos en sus 27 años, llevando oscuros jeans gastados y prelavados de moda sobre una camiseta y chaqueta de cuero negra y larga, vagando por las calles de tantas ciudades que tuve el placer de conocer a lo largo de mi vida.

Muchas.

Y donde el destino me lleve.

Destino, marcado para mí.

Lo cual, siendo hijo único hasta donde sé y como tal.

A veces no obedezco, pese a que mi vida rige en él.

Por puro capricho si lo preguntan.

Pero, que dicho destino con su poder sobrenatural, es inevitable e ineludible sea crea no, que guía la vida de cada humano y la de cualquier ser vivo.

Bueno o malo.

A un fin, no escogido de forma necesaria.

A veces fatal por su fuerza e imposición, pero escrita tu vida a ello.

Sea recibido con alegría o no, por ser un deseo o una decepción, pero impuesta y opuesta a la del libre albedrío como la libertad.

De desistir, de ella.

Porque es.

Tu destino...

Simple.

Dejo un par de billetes bajo mi vaso con la mitad de mi bebida y una succulenta propina para la camarera, mientras deslizo mi silla y me pongo de pie para irme sin olvidar mi libro conmigo.

Y esta, al pasar por su lado me regala una linda sonrisa sugerente y compitiendo con la magnitud de esa propina dejada.

¿Qué, si es lindo?

Mucho.

Créanme.

Hermoso pelo oscuro y recogido.

Hermosos pechos insinuantes que dibujan su contorno como redondez, sobre la ceñida camisa azul del uniforme que lleva puesto.

También, hermoso cuerpo.

Para hacerlo breve y en definitiva.

Hermosa, ella.

Pero lo siento, cariño.

Le regalo una sonrisa.

No tengo tiempo hoy.

Pese a que toda ella es bella con sus ojos negros como el color de pelo y al casi, rozarla sobre mis pasos lentos por culpa del pequeño espacio formados por las mesas y dar paso a los clientes como camareros, donde con sus lindas manos sostienen la bandeja de servicio.

Sin hacer falta siquiera mirarla, puedo sentirlo.

Sentirla.

Para que entiendan.

Es como la dulce emanación de un perfume.

Porque lo huelo.

Percibo, copando mi sentido olfativo.

A uno de mis pecados capitales y favoritos.

La lujuria.

Y mi sonrisa se dibuja nuevamente por ello y sobre una imagen tras de mí, que por la música ambientando el lugar, su volumen en mute muestra de un plasma con el noticiero del día en una pared exterior, hablando el colapso económico y abarrotamiento por bajas mobiliarias.

Desesperación de la gente.

Confusión bancaria.

Muchedumbre por reclamos en sus puertas por ello.

La policía intercediendo.

En una palabra.

Caos.

Por sed de codicia y ambición por ello de otras personas.

Los pocos y pequeños peldaños de madera, crujen al bajar que te llevan al estacionamiento, pero me detengo en su descanso para deleitar por última vez mi mirada sobre este edénico lugar, apoyado con ambas manos y medio inclinado sobre el barandal de este.

Cierro mis ojos por leves segundos, dejando que la brisa juegue con mi pelo y el aroma a sal marina, agua y arena húmeda, colme mis pulmones como postal de mi recuerdo y paso por este lugar.

Porque debo proseguir a mi próximo punto y con ya este.

Dejando mi sello personal.

Pero antes de continuar como presentarme y dar fin esa curiosidad que empiezan a sentir sobre mi persona.

Déjenme hacerles una pequeña reseña, para que vayan entendiendo y dar comienzo a mi historia.

Una, algo compleja y difícil de creer.

Pero créanme, muy real historia.

Froto mis labios pensativo en cómo seguir.

Donde algunos beatos y fervientes, la llamarían algo siniestra y oscura.

Y otros por el amor a lo extraño, lo misterioso y prohibido.

Románticamente pecadora.

¿Por qué?

He aquí, la respuesta.

Por ser una.

De los ángeles caídos.

O como saben decir también.

Los demonios.

Comencemos con la reseña.

Dios antes de admitir a los ángeles a la visión plena de su gloria.

Como quien dice y disculpen que ruede mis ojos.

A la beatificación.

Aburrido.

Los sometió a una prueba al igual que al hombre.

¿Ubican a Adán?

¿El que fracasó por ser tentado por una serpiente parlanchina?

Perfecto.

La naturaleza de la prueba no la sé con certeza, ya que, no me lo quieren decir y tampoco había

nacido.

Pero, se sostiene que el Padre Eterno reveló a los ángeles la futura encarnación de su Divino hijo.

Si, ese mismo.

El de barbita prolija alto y apuesto que dio su vida por ustedes.

Donde hizo saber, que ese hijo y siendo un Dios hecho hombre, debían rendirle adoración también.

Pero acá y en este punto de mi relato.

Entra el villano de la historia en acción.

Ese mismo que están pensando.

Luzbel.

Uno de los más gloriosos, elevados y bellos ángeles de la Corte Celestial.

Que deslumbrado ante tal noticia, pero a su vez ofuscado por su orgullo, ya que él así mismo se atribuía los maravillosos dones que el *Creador* lo había dotado.

Se reveló contra él, su Dios y al grito de "*No serviré*" por no aceptar su dominio del Señor.

Y se constituyó así, en el adversario de su *Creador*, bajo ese bramido de rebelión y de batalla de un "*Seré igual, al Altísimo.*"

Donde muchos ángeles lo siguieron en su orgullo.

Se comenta hasta hoy en día, que fue hasta un tercio de ellos.

Pero en ese momento.

Otro Arcángel de igual belleza y gracia que el arrogante Luzbel.

Se postró ante el trono de Dios y en su acto de adoración profunda, se opuso ante el grito de batalla de este, lleno de amor y lealtad al *Creador* sobre otro grito de "*Quién, como Dios?*"

Y así, es como este Arcángel obtuvo su nombre con ese grito de fidelidad.

En *San Miguel*.

Y Luzbel, se constituyó así mismo.

En Lucifer.

Satanás.

Que su significado es "*adversario.*"

El enemigo.

En definitiva para el *Creador*.

El Diablo.

Resumiendo esta batalla épica entre los ángeles buenos y los ángeles malos.

Una que empezó en el cielo con Miguel y sus ángeles, combatiendo contra Satanás y los suyos.

Este se defendió apoyado por sus ángeles, pero a la larga no pudieron resistir lo suficiente.

Y por ende.

No hubo lugar para ellos en el *Cielo*, siendo echados.

Este enorme Monstruo.

El Diablo.

El mismísimo Satanás, como se proclamó y empezaron a llamarlo.

El seductor del mundo entero.

Porque así, era este ángel en su momento creado por Dios.

Por sus dotes y belleza.

Pero, tras esa batalla perdida y siendo desterrado, donde según se cree y la Biblia lo confirma, por el mismo y famoso San Pedro.

El *Creador* al no perdonar estos ángeles pecadores, los lanzó al infierno porque no hubo

arrepentimiento de ellos después de la caída, como y cuando no hay de los seres humanos después de la muerte ante un acto de mala fe.

Porque, no fue por un defecto de *la misericordia Divina*, que el pecado de los ángeles caídos no fuera perdonado.

Sino.

Debido al carácter irrevocable, de su elección no cambiada...

Y donde las sagradas escrituras señalan, que fueron encerrados en cavernas tenebrosas como castigo y estas, en todos sus escritos llamémosle analógicos o metafóricos por ser equivalentes como paralelas en su morfología lingüística y ante el significado de una sola de sus palabras *dice más*; a la comprensión de su razón.

Como el concepto de dicho infierno.

Lugar después de la muerte, donde son torturadas eternamente las almas de los pecadores, mencionado anteriormente, como cavernas tenebrosas dando pie a su significado.

Que es inferior.

Subterráneo.

O llamado con los sinónimos en otras religiones de *Gehena*, *Tártaroo* el muy mencionado *Inframundo*.

En definitiva.

Un lugar habitado por los arrojados, bajo nuestros pies.

Y mi sonrisa vuelve, llegando a este punto como a mi coche desactivando su alarma.

¿Pero... qué pasaría?

Si pese a ese creíble y temeroso sitio, infundado por la Santa Biblia.

Ese temible Infierno.

Lugar entre las tinieblas como se los describe y bajos nuestros pies.

Yo les diría.

Sonríe, más.

Que estaría en realidad sobre nosotros.

Que no se puede ver, pero está vigente.

Si consideran que es un lugar.

¿Por qué no, también un estado?

Una emoción.

El sufrimiento.

¿O parecido?

Y cual, este a su vez.

Puede ser.

La tierra.

Donde se vive.

En su analogía y paralelismo perfecto que les mencioné anteriormente.

El infierno y el paraíso.

Y solo, ustedes eligen que es en realidad de ambos.

Se los dejo para reflexionar.

Bajo simples como complejas circunstancias que se le presenten.

Juego con la llave de mi deportivo negro, abriendo mi puerta.

Y tienen que decidir...

El motor ruge ante el encendido, mientras dejo que automáticamente mi ventanilla baje sobre su vista, ante el oceánico y vacacional lugar, donde la brisa cálida vuelve jugar con mi pelo por ello,

mientras hago a un lado mis lentes de sol dejándolos en una gaveta.

Mis ojos reposan en lo que me acompaña siempre y no tengo idea el por qué, en el asiento del acompañante junto a mi *aljabade* de cuero con flechas.

La tomo con una de mis manos.

Una vieja y raída cajita musical en madera.

Que su música mientras abro su tapa, suena y una pequeña bailarina clásica se mueve y gira al compás de su música.

Suave.

Tranquila.

Como la de un violín con sus notas melódicas.

Tal vez, triste.

Tal vez, no.

Pero y aun así, no recuerdo en que punto de mi vida llegó a mí.

Un vago y confuso recuerdo, sí.

Donde no sé, si es real, pero me transporta a uno de mis sueños constantes que me colma cada noche.

La de un carrusel con sus luces.

Yo, siendo un niño.

Un árbol de manzano en él.

Y ella...

Sin lugar específico.

Sin época específica, tampoco.

Mi mirada por eso va al cielo con aún, la cajita musical como su música entre mis manos.

En realidad, más allá de este y su despejado color azul.

Preguntándole.

A él.

Aunque, casi nunca me responde.

¿Por qué, siempre ese sueño?

¿Y por qué, siempre?

Ella...

Capítulo 2



Las suaves notas finales de la melodía instrumental que tocamos en el ensayo, se convierten en un solo al llegar a la primera pieza con tercera posición y compañía del piano.

Donde, mi violín.

Cálido, pero vibrante.

Y armónico.

Se deja llevar con mi dominio melodioso, constante y las partituras frente mío me lo demandan, mientras invado con su suave música.

Y deleito.

De pie y ante la mirada silenciosa de todos mis compañeros en el escenario del gran teatro vacío que nos encontramos.

Cada acorde que sale me obliga a cerrar mis ojos, porque mis manos con mis suaves movimientos guiándolo.

El violín y yo.

Donde uno es cuerpo y el otro alma.

Nos convertimos en una sola pieza.

Una sola cosa.

Que, pese a tener aún mis ojos cerrados y dejarme llevar por mi música.

Puedo sentir las miradas de todos embargándome en su silencio y respectivas sillas, sosteniendo cada uno su instrumento en mano.

Y hasta del mismo coliseo donde estamos practicando, que en breves días será la función.

Que siendo solo un basto, alto, enorme y elegante edificio de arquitectura como diseño antaño estilo Greco.

Me hace sentir que todo él, lleva oídos.

Y me escucha.

Deleitándose con mi música y de tantas que fue testigo a lo largo de su fundación de un siglo atrás.

Un aplauso al unísono lo llena con el final, por mis camaradas cuando abro mis ojos y sonrío agradecida, seguido del director con nuestro último ensayo.

Sonriente también y satisfecho desde una de las butacas vacías y primera fila.

Y aplaudiendo de forma tranquila mientras poniéndose de pie, se acerca a nosotros muy conforme a el escenario.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo! —Exclama feliz a todos, bajo nuestros abrazos y palmaditas con mis compañeros, por el excelente resultado de equipo.

Se detiene a los pies del alto escenario y nos mira desde abajo.

Hace a un lado su corto, pero en los lados, largo pelo oscuro para mirarnos bien a todos y me sonrío sobre mi violín que abrazo, por sentir con disimulo como roba suspiros de mis compañeras, ese ya acostumbrado tic que tiene.

Pocos meses que está con nosotros el director Jeremías Montenegro, reemplazando al viejo Mac Gregory por merecida jubilación.

Pero es suficiente con sus bien llevados cuarenta años, porte atlética y mirada con ese dejo de mucha vida transcurrida, bajo sus ojos castaños y lindo carácter, aunque exigente y profesional, para ejercer esa atracción para muchos, tanto en lo que te demanda como físicamente.

Sube por los cortos peldaños de uno de los laterales para llegar a nosotros cálido y volviendo a aplaudir, poniendo bajo su brazo sus carpeta de contenidos para el espectáculo dando unas últimas directivas a algunos compañeros que con saludos de mano en alto, se despiden.

—¡A descansar cuerpo y mente! Mañana repetiremos, pero ya con los bailarines y armado del escenario después del mediodía. —Anuncia, mirando a ellos y los que quedamos, mientras con ayuda de mi silla guardo mi violín en mi estuche.

El sonido cerrándolo, se hace eco por el vacío y casi silencio del lugar, mezclándose con un cercano y fuerte trueno anunciando lo que la radio esta mañana pronosticaba.

Una lluvia acercándose la noche por temporada de verano.

—¿Vienen por ti? —Pregunta a mi lado, pero mirando como yo un lado del hermoso teatro.

Las dos enormes y altas en altura, ventanas con su geometría en diseños y llenas de arte, mostrando los fuertes refucilos en ellas.

Sonrío.

—Un bus, cumpliendo su horario a pocas cuadras... —Elevo mi paraguas, cerrado y aferrándolo de mi mano libre, colgando mi estuche ya con mi violín dentro en un hombro— ...y amarillo. —Suelto.

—¿Amarillo? —Jeremías, ríe.

—Mi paraguas. —Ya que, es su color. —Amarillo va donde voy.

Lo señala con aire risueño.

—¿Sabías que ese color, no es muy bienvenido precisamente en las tablas? —Mi turno de reír por la leyenda urbana del S. XVII sobre el color y la superstición.

—Molière falleció...- Y nacimiento de ese mal agüero. —porque realmente y sin saberlo, sufría de tuberculosis y no, por vestir de amarillo interpretando su papel en la obra de teatro...

—Bien...bien... —Alegre me da la razón, tomando su carpeta aún doblada y apuntándome con ella. —...pero si algo sucede en plena función, tu amigo amarillo tiene los días contados, Sandra. —Una mueca. —¿En serio, no quieres que te lleve? ¿O por lo menos, acercarte con mi coche a la parada del bus?

Niego rotunda.

—No hace falta...solo son truenos, director. —Decidida.

—Ok, no insisto más. —Eleva ambas manos, retrocediendo. —La estrella del concierto, tiene el mando ¿Mañana puntual?

—Como siempre. —Afirmo, mientras lo veo irse.

Saludo a otro par de compañeros, ya terminando de guardar sus instrumentos de viento.

Solo me queda acomodar mis partituras de mi atril y guardarlas en mi bolso.

Miro cada hoja con sus notas.

Cientos de veces leídas hasta el punto de tener arrugas, pero observándolas como si fuera mi primera vez entre mis manos, llena de amor.

Porque, amo la música.

—Carajo... —Susurro para mí, ya que estoy sola por un leve escalofrío recorriendo mi cuerpo y sobre otro estruendoso trueno como rayo cayendo.

Miro nuevamente a esas ventanas.

Y mierda.

Porque, ya lloviendo.

—Suerte... —Para nada mala— ...que te traje... —Le murmuro a mi paraguas amarillo sonriéndole.

CAÍN

Bostezo aburrido, provocando que el vidrio de la ventana que me encuentro se empañe.

Y creo, que hasta cabecee.

Pestañeo para despabilarme.

Esta mierda, me duerme.

Aclaro.

Me gusta y mucho la música clásica.

Pero casi tres y yendo a cuatro horas, escuchando una y otra vez lo mismo, desde mi alto y escondido lugar, perfecto somnífero para lograr un lindo sueño conciliador, mientras observo como del escenario tocan un clásico de *Vivaldi*, para luego dejar sola y en compañía de un lustroso piano de cola, a esa muchacha rubia de la mano de su violín.

Lo malo de la pieza aparte de estar obligado a escucharla por tanto tiempo, es que suena muy contemporánea, pero fuera de eso esta bien.

Un trueno me endereza de golpe contra el lado del ventanal que apoyé mi espalda.

Y le blanqueo los ojos a la tormenta que se aproxima.

Más bien.

A lo que está, más allá de ella con su alto.

La práctica, terminó.

Perfecto.

Y todos se despiden tras finalizar y entre sí, quedando un par, más la chica del violín y el hombre que dirige ahora arriba del escenario.

Se hablan y de lo que se dicen, miran las ventanas contrarias de donde descanso.

Y ríen entre ellos.

Mis dedos palpan *mialjabaa* mi lado con arco y contra el vidrio recostada, llevando mis flechas.

Las oscuras y doradas.

¿Será, que ellos dos?

No lo sé, todavía.

Él se va como resto de compañeros y ella queda sola.

Y sonrío, ante su cuerpo reaccionando por un escalofrío.

Por el fresco de la lluvia apareciendo y mi presencia.

Mirando nuevamente a la alta ventana contraria donde me encuentro sentado y sobre la casi oscuridad guardando unas hojas, seguido luego en marcharse abrazando su paraguas.

Quedando solo, salto sin problema a la elevada altura y camino entre las cientos de butacas.

Mis dedos con cada paso, acarician el aterciopelado y borgoña color de sus exquisitos tapices.

Hago a un lado mi blanco pelo tras mis hombros, observando todo.

Y su diseño me hace preguntar, si las iglesias con sus catedrales se ven así.

Ni idea.

Aún, no termino de definir mi misión.

¿Será de plomo o dorada?

Todavía, no me lo dijo.

Sonrío, sin ganas.

Porque, le gusta la intriga.

Pero la chica rubia es parte de ello.

Me lo hizo sentir.

Mis tareas son así.

Sintiendo...

Capítulo 3



Este coliseo teatral es grande.

Su ciudad, también.

Cientos de kilómetros de distancia de mi última misión.

Y se me escapa un suspiro.

Porque añoro en cierto punto ese lugar comparado con este, por sus playas, paisajes y ese aire fresco a agua marina y arena.

Desde mi rincón, ya afuera y contra una de las altas columnas que se compone estilo arcada de la gran fachada de este teatro, observo esta jungla de cemento con la persistente lluvia cayendo que los truenos de antes anunciaban.

Y le regalo al clima un gesto de fastidio, haciendo a un lado mi pelo que molesta parte de mi rostro y apoyándome más en el concreto mi espalda con mis manos en los bolsillos de mi pantalón.

Porque, no me agrada la lluvia por varias razones.

Desde la escalinata principal, el bullicio se va disipando por los estudiantes de música y compañeros que momentos antes ensayaban, saludándose entre ellos que, solos o grupos y abriendo algunos paraguas, se retiran con pasos apurados escaleras abajo y en dirección al estacionamiento o la acera bajo la lluvia.

Una gran avenida de doble carril y con su sentido cada una, es la arteria de esta calle, algo congestionada por la hora pico de la noche y la circunstancia del aguacero.

Puedo ver al director entre ellos que se despide con una mano en alto, ante el último saludo de tres estudiantes divertidos y protegiendo contra ellos sus instrumentos.

Y mi vista, vuelve a la entrada del edificio.

La chica rubia, todavía no salió.

¿Por qué, demora tanto?

Y otra mueca hace mis labios, no solo por eso.

Si no, por sumatoria de cosas con este tiempo sin ánimo de amainar.

Jodida lluvia.

Condenada con sus cientos de gotas que caen del cielo y que interfieren en mi persona por dos razones.

La primera vigente siempre en mí, pero no recuerdo el motivo.

Porque, mi pasado concreto y de mi niñez es borroso e incierto, pero esa sensación o sentimiento de lluvia es parte de mí, en cierto punto.

Lo siento.

Y mi mano que estaba antes en un bolsillo, se apoya en mi pecho.

Yo, lo sé.

Algo atado a mi ser, pero imposible de poder averiguarlo, ya que solo lo que sueño a veces.

Un niño y siempre, una lluvia que se desata de golpe y algo con muchas luces me rodea.

Y cuando despierto, imposible recordar con nitidez y por más que lo intento.

Y lo segundo.

Mis ojos bajan a lo que está en el piso y contra mis pies.

Lo que soy.

Él me convirtió.

A mi aljaba con flechas.

Y mi mano desciende para apenas rozar con mis dedos sus puntas, seguido de elevarla sin temor, pero cautela al límite de lo que el techo del teatro y haciendo frontera, protege de la lluvia.

Prudencia de mis dedos, ante su contacto.

Preguntándome por experimentarlo tan familiar por mis sueños, en realidad que se siente estar bajo ella.

El toque húmedo, cayendo sobre uno.

Mojándote.

Empapándote, bajo ella sin cubrirte de nada y elevar tu vista para dejar que con sus interminables gotas, acaricien y se resbalen por tu rostro.

Con verdadera libertad.

Y sin la advertencia de que ocurra lo inesperado, provocando el descontrol con los humanos presentes y testigo de eso.

Y mis dedos se retraen al ver la chica rubia salir y por el sonido de las puertas, abriéndose por ella.

Deteniéndose al borde de la escalinata y techo para observar la lluvia como cae, pronunciando una blasfemia mientras intenta abrir su paraguas.

Una linda maldición que me hace sonreír, seguida de otra.

Vaya...mi cliente, tiene una boca bastante suelta.

Y sincera.

Porque puedo sentir como algo me embarga alimentándome.

Me vigoriza.

Y sonrío complacido, sacando de un movimiento y lado de la larga chaqueta negra que llevo, mi paraguas personal mientras veo como el de ella en color amarillo viejo por su uso y años supongo, se abre ya decidida a caminar para seguirla chasqueando con mis dedos a mi aljaba.

Mi tarea consumada como dije, no la sé completamente.

Pero, hoy comienza y ella es el fin.

Gruño, siguiéndola a distancia considerable y sin dejar que haga contacto conmigo.

La bendita lluvia que me desafía.

Cual, hago caso omiso, porque tampoco es la primera vez que sucede desde que tengo uso de razón.

Yo simplemente, tengo que cumplir el propósito que se me asigna con una única regla.

No interferir con el destino, que él les asigna en sucesos o actos.

Jamás...

SANDRA

Imposible, que no se me escape una blasfemia y sin arrepentirme.

Por semejante lluvia que se desató y porque.

—¡Maldición! —Otra escapa de mi boca, intentando abrir mi paraguas.

Al ver en dirección a la avenida y notar por la considerable distancia, como pasa y se aleja mi autobús.

Y mis hombros caen desinflada, acomodando mi paraguas amarillo sobre mí y llevando contra mi pecho, mi violín en su estuche.

El siguiente demorará y perjudicando el clima, sus buena media hora o tal vez, un poco más.

Miro mientras desciendo las escalinatas a la calle, concurrida de coches y con ocupación llena los taxis que transitan.

Tiempo que me tomaría caminando y con algo más de minutos en llegar a mi departamento.

Y decidida lo hago colgando contra mí, el tirante del estuche que lleva mi violín.

La densidad de la lluvia aumenta en la primer esquina de la avenida en el momento que el semáforo para el peatón da paso y bufo, cuando y sin darme cuenta, piso un charco de agua mojando gran parte de mi zapato bajo.

Ni me molesto en verificar, ya que el sonido de agua que le entró con cada paso que doy, me acusa más su helado frío que está empapado por seguir caminando y eludir unos chicos, que corriendo entre ellos con alegres exclamaciones por estar bajo la tormenta, casi me golpean por no verme en dirección contraria.

Rayos...

CAIN

Cruza como corresponde, el primer tramo de la gran avenida de ambos sentidos.

Protegiéndome más con mis paraguas y siempre manteniendo distancia, la sigo evadiendo como ella otros transeúntes que caminan apurados por el temporal.

No fue por un coche.

Tampoco se dirigió a la parada de autobús, como el pequeño tumulto que se agolpó a la espera del suyo.

¿Vivirá cerca?

Me encojo de hombros.

Supongo.

Pero lo que sí, estoy seguro, es que la jodida lluvia aumentó y que el tránsito se congestionó por el apuro a esto y la hora, cual algunos bocinazos de uno a otros, delatan a los conductores impacientes.

Y en el aire percibo por más agua que cae.

Inhalo este.

Notas capitales.

Ira y algo de pereza.

Pero, no me llega.

No me alimenta.

Vuelvo mi vista al frente.

Ya que, la que lo hace es mi objetivo, cual tengo caminando delante mío y llamando mi atención, porque algo sucedió con uno de sus zapatos al cruzar parte de la avenida, pero a lo que vacilaba, continúa decidida y logrando esquivar un grupo de adolescentes que sin reparar en su presencia, casi la llevan puesta.

Carajo, humana.

Ten más cuidado.

Está muy transitado, tanto las aceras como calles y eso no ayuda.

Y por solo un segundo.

Tan solo, un maldito segundo.

De esta vorágine de gente con ese siempre caos de apuro, nada nuevo y que siempre fui testigo.
Más bocina y más urgencia sea en coches o caminando, bajo esta lluvia cayendo, mi vista va a mi derecha y se acopla a lo que desata más nerviosismo con algo de curiosidad de todos.

El ruido con sus luces amarillas como rojas yendo y viniendo, sobre el sonido que nadie le gusta escuchar.

A ningún ser humano.

Una ambulancia con su velocidad, sin importar el temporal y pidiendo paso con urgencia en el carril contrario.

Y la confusión como el desorden se ocasiona, con.

Mierda...

La chica rubia a medio cruzar la gran avenida de ese sentido.

SANDRA

Bajo el aguacero y en la detención en rojo que a mitad de la avenida nos da paso a mí como otros peatones, provoca algunos bocinazos exaltados en algunos coches.

No lo entiendo bien, porque mientras empiezo a caminar a la par de otros con apurados pasos, yo solo me preocupo por guarecer más bajo mi paraguas amarillo, mi querido violín contra mi pecho.

No me importa mojarme.

Una ducha caliente, muda de ropa y un plato de sopa lo solucionará.

Pero embargada en esos pensamientos, descubro el motivo del nerviosismo de los coches.

No solo, por sus complicados movimientos dejando espacio libre bajo su sonido mortal e insipiente, para que una ambulancia con sus luces intermitentes acelere.

Sino, también.

Por ahora sí, otro impacto colisionando contra mí.

Un peatón corriendo y que, sin reparar en mi persona por luchar con la lluvia de frente y llevando su portafolio encima de su cabeza, provoca con su golpe yo tambalee y caiga de bruces contra el pavimento de la calle y sin reparar en mí, al notar como yo que el coche ambulatorio viene a nuestra dirección, obviando la luz verde para nosotros.

Quiero levantarme, pero el primer esfuerzo, falló con un jadeo.

Intento nuevamente, por más que arden mis manos como una rodilla, por la quemadura del pavimento y más, con mis ojos muy abiertos llena de pánico, cuando la ambulancia viene hacia mi dirección, que al notarme contra el asfalto y pese a su gran velocidad, el chirrido de sus frenos se siente, sobre ese rugiente sonido que odio con el alma, pero tan familiar por estar encendido.

Y cierro mis ojos con fuerza.

Ya que su impacto contra mí, es inevitable.

Puedo escuchar las exclamaciones de horror de los peatones testigos de lo que me va a pasar y la ambulancia sin poder frenar a tiempo como esquivarme y viene a mí.

Y lo que mucha veces escuché y como en secuencia, revive mi mente veloz.

Mi vida, pasando ante mí.

Mis padres y yo, siendo muy niña.

En mi cumpleaños, recibiendo por ellos lo que amo.

El violín.

Y mis abuelos esa tarde en el jardín, regalándome una cajita musical con un bonito vestido blanco.

Y yo sonriendo feliz y abriendo este, para escuchar su bonita música.

Tiempo posterior, tocando este en mis clases y bajo un tutor.

Su funeral.

Mis abuelos queridos, conmigo.

Y más recuerdos, pero de tristezas.

Mucha.

En esta confusión y abriendo mis ojos con ya, la ambulancia contra mí.

Y oscuridad me colma.

Porque yo, no quiero morir...

CAIN

Yo no entiendo.

A mitad de la avenida, quedé estático.

Y siendo testigo en estos segundos que parecen agónicos minutos por parecer lentos, cuando veo como muchos peatones y hasta los coches en detención, lo que parece la muerte anunciada de la chica rubia, bajo esta intermitente lluvia que no cesa y que por otro peatón, cae a mitad de la calle sobre esa ambulancia que por su apurada velocidad, sus frenos no van a impedir que la atropelle.

Destino.

Sigo sin entender y me aferro más a mi paraguas, que me protege de la jodida lluvia que me haga contacto.

¿Si esta, era su suerte?

¿Su maldita fortuna?

Destino.

¿Por qué, me lo encomendó?

Palpitaciones.

Muchas, golpeando fuertemente en mi pecho.

Y sigo sin entender.

Por algo invadiéndome de ella.

Y no es, de lo que mucho me nutre.

Lo que abunda y le decimos capital.

Pero sí, que algo me dice a gritos desde mi interior lo que no debo y es ley.

Interferir.

Porque, es destino.

Su destino.

Y mi mano como puño sosteniendo el jodido paraguas por la fuerza que ejerzo, me dice que lo haga mientras la veo luchar y fracasando, cuando intenta arrastrándose huir y engañar.

A su destino.

Miro el cielo oscurecido y apenas visible por la lluvia que cae sobre nosotros.

¿Es una joda tuya y del otro?

No me contesta.

Y en una batalla me convierto, porque lo que emana la chica rubia se apropia más en mí.

Yo siento que no quiere morir.

Siento sus tristezas vividas como una bofetada azotándome.

Cierro mis ojos, deliberando en soltar mi paraguas y que al hacer eso, desataría más descontrol y pánico.

Y siento.

Jodido verbo.

Yo, siento.

Abro mis ojos, casi llegando la ambulancia a ella.

Que debo salvarla.

—Yo, necesito salvarla... – Susurro, mientras el afloje de mi mano va soltando el paraguas lentamente.

Y corro a ella...

SANDRA

Liviano.

Eso percibo adormecida.

No lo sé.

No lo podría describir en mi aturdimiento y sintiendo que una especie de oscuridad suave en mis ojos pesados y que al cerrarlos se apropia de mí.

Como si yo, fuera una flor de león elevándose por el aire y que agradable como sedoso, yo volara sin importar la lluvia.

Eso, es mi cuerpo.

Porque mis pies no hacen contacto con la tierra, ya que algo no lo permite presionándome contra él.

Cálido.

Protector.

Aleteo y también, suave reteniéndome.

Por un abrazo.

Como una flor de león y un ave llevándola.

Mis ojos luchan con abrirse.

Ya que, siento la suavidad de unas plumas negras rozándome y pese a que, apenas puedo ver en esta ensoñación, cual lucho por más que me llama un sueño profundo.

¿Así, se siente morir?

Cierro mis ojos entregándome.

No lo sé.

Pero lo que me abraza con tanta sobreprotección, nunca quiero que deje de hacerlo.

Y como si esa flor de león aferrada al ave de alas negras, yo rodeo en mis últimas fuerzas a eso duro y acogedor que me retiene en sus brazos.

Y el recuerdo de la melodía de la cajita musical que mi abuelita me regaló de niña y perdí, llega a mí, con la somnolencia completa adueñándose...

Capítulo 4



Me había desmayado.

Y eso, que era agradable y sedoso como la libertad de ese diente de león llevado por el aire sin importar la lluvia.

Desperté, obligándome a pestañear varias veces por la claridad de mi ventana con sus cortinas corridas por la mañana, en la holgura y comodidad de mi cama.

Mi habitación.

Y aunque mi acolchado me cubría, pero sin mis zapatos, seguía totalmente vestida bajo ella.

Mi frente ardía sin fiebre y mi cuerpo entumecido.

No entendía nada.

Realmente, nada.

De todo lo de anoche a la salida de la práctica del teatro.

Y me sobresalto ante lo único que me preocupa en la confusión que es toda mi cabeza, causando que vuelen la sábanas al levantarme de golpe y suspirar de alivio, al verlo apoyado en el piso y contra los pies de mi cama.

Lo abrazo, exhalando aire.

Mi violín dentro de su estuche.

El vidrio de mi ventana muestra huellas de humedad por la lluvia de lo que fue toda la noche, siendo señal de que no todo lo que pasó fue un sueño.

¿O pesadilla?

Y me derrumbo sobre el piso, sin abandonar mi violín querido.

Solo pocas nubes grises sobre la mañana soleada, que aparenta ser el día de hoy.

Pero...

¿Un cansancio extremo, puede hacer divagar tanto?

El accidente fue un hecho y alguien me salvó.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana para mirar a través del vidrio hacia afuera.

¿Desfallecida le dije a esa persona, dónde vivía y me trajo?

Y dos cosas me alteran.

La primera volteando y verificando mi juego de llaves en la mesa del pequeño comedor que ahí está.

¿Tendré que cambiar la combinación de la cerradura por seguridad?

Y la segunda, que me termina de confirmar que en toda esta ensoñación, mucho de real.

Lo busco por todos lados y hasta abajo de mi cama.

Mi paraguas amarillo, no está por ningún lado.

—¡No jodas! —Nazareno, lo más cercano a un mejor amigo y compañero de música, me dice

caminando a mi lado y hora después.

La continuación de la práctica es después del mediodía y ya, con el escenario armado con el ballet.

Suficiente tiempo, solo para una buena ducha caliente como reparadora y vestirme tomando a la velocidad de la luz mientras lo hacía, de un té con limón y miel, previniendo síntomas de resfrío por lo que fue anoche.

—Te lo juro... —Le afirmo, contándole lo sucedido anoche mientras aceptamos de un vendedor ambulante de café, dos vasos bien calientes.

—Si hubiera ido ayer... —Murmura descontento, mientras caminamos despacito por cargar él su violonchelo a sus espaldas— ...entonces, yo te hubiera acompañado y...

—...y habríamos sido los dos atropellados por esa ambulancia o tal vez tres, por esa persona que me salvó, sin poder con los dos... —Interrumpo.

Y se detiene para mirarme y acomodar mejor su pesado instrumento.

Le señalo una banca de descanso sobre la acera que caminamos y tomamos asiento.

—Destino... —Lo miro, bebiendo de mi café.

—¿Destino? —Repite, tomando del suyo y afirmo.

—Cosas que nos tienen que pasar inevitablemente... —Empujo con mi hombro el suyo con cariño para tranquilizarlo—... pero la mía, fue con fortuna... —Sonrío ante su cara—... porque, no tuvo consecuencias y tal vez de ello, solo la causa de aprender...

—¿Aprender? —Me dice y vuelvo a sonreír, ante sus monosílabos.

Ya que lo aprecio y quiero mucho.

Nazareno solo es algo mayor que yo y nos convertimos en grandes amigos, cuando nos conocimos en el último año de la universidad y luego coincidiendo para mi alegría en la convocatoria para la orquesta, audicionando los dos y festejar al quedar ambos.

Mis padres murieron en un accidente automovilístico siendo pequeña y solo, salvándome yo esa noche de mucha lluvia.

Esa nefasta noche, fue un caos por culpa de otro coche perdiendo el control del mismo en la autopista.

Siempre para esas fechas visitábamos a mis abuelos, pero ahora con más alegría, ya que con maletas y un camión día después llegando con nuestras pertenencias, anunciaba nuestra mudanza definitiva, consiguiendo mi padre el traslado por su trabajo a la ciudad de mis abuelos y el suyo propio de infancia.

No recuerdo mucho, porque era muy niña.

Solo, que momentos antes sobre la noche lluviosa y con poca visión por la tormenta que se desató, yo en mi asiento trasero respondí a algo alegre que mi madre volteó a decirme con la risa de papá a su lado manejando, continuo después y de golpe, dos luces de frente viniendo a nosotros.

Y confusión.

Mucho.

Seguido de aturdimiento por la colisión.

Estruendo.

Dolor.

Llamando mis padres a gritos.

Y desvanecimiento en todo eso disipado de lo poco que recuerdo, con muchas luces rodeando lo que era esa totalidad de nebulosa.

Me sentía sola y quería encontrar mis padres.

Ayudar o correr a sus brazos.

Pero, no podía.

Todo era una bruma para mí, pero siempre recordando de alguien llorando.

Creo.

No lo sé, bien.

Suelo tener sueño de ello a veces y aunque, cuando despierto no recuerdo la totalidad por más que lo intento.

Siempre, evoco eso por más que nunca pude verlo bien.

Pero sí, escucharlo.

A ese alguien, llorando desconsoladamente y muy triste.

Mucho tiempo internada y con él pasando, que me fui con mis abuelos a vivir como mis tutores.

Y ahora quedándome solo mi abuelito que por su mucha edad y padeciendo Alzheimer, visito seguido en el auspicio donde vive en un lindo edificio de retiro que me recomendaron.

—Aprender, por eso nos toca vivir ese algo inesperado, obligándonos a encauzar la vida a una dirección... —Le intento explicar lo que me parece con lo de anoche.

—¿A mirar a ambos lados, por más que hay luz de peatón en las calles? —Con una mueca por la supuesta enseñanza.

Bebo algo de mi café, mirando la gente que pasa delante nuestro.

Es un bonito lugar, un gran espacio verde estilo floreta de descanso y paseo, entre los edificios y la arteria principal de calle a nuestras espaldas.

—Eso, es un plus... —Digo pensativa y sin dejar de observar todo—... pero también, que estamos determinados...

—Y que debes curarte... —Naza me dice abrochando unos botones, del liviano saco en tono claro sobre su camisa blanca que lleva por la brisa.

—¿Qué? —No entendí y se sonríe, bebiendo de su vaso y señalando una de mis piernas.

El vuelo de mi falda, muestra una de mis rodillas algo lastimada por un importante rayón que descubrí esta mañana.

Supongo por lo sucedido y contra el asfalto anoche, que después de ducharme le puse una bandita.

—No es nada. —No le doy importancia mientras me pongo de pie, alisando la tela y tiro mi vaso ya vacío en un canasto público de basura.

—¿Lo curaste? —Preocupado.

—No tenía nada, pero con mi ducha y la tiritita, más que suficiente... —Y me gano un gesto de descontento de su rostro y ya de pie como yo, que cruce sus brazos apoyado contra su gran violonchelo.

Suspiró y echó su cabeza hacia atrás, causando que su cabello ondulado y dorado, despejara ese rostro armónico y lindo que tiene, de esa manera que lo hace parecer un ángel mirando el cielo.

Río, mirando la hora de mi celular.

—Okey —Accedo—, estamos a nada del ensayo, pero prometo pasar por una guardia para que revisen mi rodilla a la salida...

Y me regala una bonita sonrisa.

—Perfecto. —Toma su instrumento y camina a mi lado—... no tengo nada que hacer luego... —Me dice mientras mira por sobre su hombro hacia atrás, algo curioso—... hay un Hospital cerca del teatro, te acompaño... —Se sonríe más y volviendo a mí, terminando de beber ya su café frío y palmeando con cariño mi hombro.

CAIN

Aburrido.

Muy aburrido.

Y resoplo tras el árbol que estoy apoyado en este espacio verde, hundiendo más mis manos en los bolsillos delanteros de mi pantalón y apenas asomando para mirarlos otra vez.

—Mierda... —Bufo despacio y sin que noten mi presencia, pero en el momento que ella se pone de pie tirando su vaso de café en un tacho de residuos y sin dejar de hablar ambos de lo que sea, porque no llega a mis oídos, vuelvo al resguardo del enorme árbol que me cubre para que no me vean.

Estoy frustrado.

Demasiado.

Y no puedo evitar con mis manos, ahora pasarlas de forma pesada y lenta por mi rostro, seguido a mirar el suelo.

Un verde césped que alfombra todo esta especie de parque, como si fuera la respuesta de mis dudas todavía y la del universo, como de lo que él quiere.

Corrección.

Ellos quieren...

Carajo, no lo sé.

Pero sí, que algo cometí.

Una falta o mejor dicho, una gran falta.

Yo, la salvé anoche.

Y su jodida ventura, no era eso.

Destino.

No entiendo por qué hice eso, solo lo sentí.

¿Sentir?

Y me limité a llevarla a su casa, ya que nada nuevo saber dónde vive cada humano.

Para luego y sobre su desmayo por la conmoción, recostarla en su cama asombrándome algo.

La tibieza.

Si.

Pero no la mierda esa de la palpitación de su corazón o su cuerpo contra el mío.

Sino.

Y abrí sorprendido de pie a su cama, donde ella yacía dormida y la oscuridad de su habitación, mi mano elevándola frente a mí.

Por el contacto de ese rojo líquido.

Su sangre, que me hizo recorrerla y notar una de sus rodillas lastimadas.

Nada grave, pero asombrado.

Porque, mi primera vez en contacto con ello.

Creo.

Y mis dedos se tocaron entre sí, para intentar comprender la sensación acuosa de la sangre.

He visto cientos o tal vez miles de funestas situaciones humanas.

Como también, la belleza de muchas.

Yo, soy eso.

Pero siempre y como fiel testigo a distancia.

Lejos y sin roce a cada una.

Sacudo mi cabeza.

—Mierda... —Vuelvo a maldecir, volviendo mi vista a estos dos en el momento que ella lo

hace sonreír, por algo que le dice a un disgusto de él mientras retoman su caminata.

Y me apoyo más contra el condenado árbol, advirtiendo que él voltea mirando a donde estoy.
En realidad, al parque.

Me cruzo de brazos, reflexionando y dejando que se vayan.

¿Tengo que juntar a este chico rubio y aburrido con ella?

¿Pero si el destino de ella, acaso no era morir anoche?

Cosa que, jodidamente yo interferí.

Entonces...

¿Cual es la misión?

¿Algo bueno o malo?

Y mi espalda se separa del árbol, para caminar tranquilo al notar que ya los perdí de vista e ir al único lugar.

Gruño acomodando mejor bajo la gorra deportiva que llevo, mi pelo de un gris plata.

—Donde voy a tener las respuestas... —Me digo para mí mismo, mientras me pongo mis lentes oscuros contra el sol para no llamar tanto la atención.

Ya que mi color de ojos como tono de cabello, lo hacen.

Pero algo me detiene de ir a ese lugar y sentir sobre el bullicio de la gente en el parque disfrutando, algo que no lo hace sobre gritos de festejo de unos niños al mirar a esa dirección y metros míos.

Tres de ellos golpeando con ferocidad y por diversión a un cachorro con su pelota.

Maldición.

Ellos son felices, pero ese perro no y sus lamentos, impulsan lo peor de mí y que uno de mis siete demonios despierte y tantas veces propagué.

La ira.

Ante un último golpe con la pelota al animal desprotegido y esta por el fuerte impacto, rueda a mi dirección y la detenga con un pie y ellos como el cachorro, se me quedan estáticos ante mi presencia y sonrío con malicia.

Porque, puedo percibir el temor de cada uno, colmándome.

Llenándome.

La sensación de esa angustia de cada uno, provocada por mi presencia y que impulso si lo deseo, ante lo verdadero o imaginario que puedo desatar.

Pero ahora, muy real.

Y mi mirada fría tras mis lentes de sol no los abandona sobre los quejidos del cachorro, que notando lo que soy quiere huir, pero no se lo permito haciendo a un lado mi larga chaqueta larga y negra que llevo puesta, para poder levantarlo y cubrirla contra mí y ella.

Y mordisqueo el interior de mi mejilla, muy descontento ante la paliza de estos niños al animal, seguido a mirar el cielo silencioso.

No me responde, pero al animalito sí, porque deja de luchar contra mi brazo de querer zafar por temor.

Y es suficiente para mí.

—Con la maldad...podría dar cátedra... —Murmuro al fin, flexionando mis rodillas por una posición cómoda y sin soltar el cachorro bajo sus gemidos de dolor por la golpiza que recibió.

Acaricio su cabecita huesuda.

—...la iniquidad se podría decir, que es mi segundo nombre... —Prosigo ante el silencio y miradas entre sí, de los niños por no entender mis palabras mientras saco un pañuelo del bolsillo de mi chaqueta, para limpiar su hocico lastimado. —...ya que, vive en mí y con muy poco esfuerzo

puedo crearla... —Lo guardo nuevamente y sin molestarme en mirarlos mientras le hablo, al notar que no tiene más. —...inclusive, me he deleitado con ella muchas veces. —Al fin me digno a mirarlos, mientras retiro con lentitud mis lentes y también los guardo, sobre un suspiro cansado y continuo a frotar mis ojos con mi mano, fijando mi vista en ellos y ocasionando que queden más petrificados, muy callados y hasta retrocedan luego un paso. —Pero, no quiero que este cachorro, vea semejante cosa y lo merezca... —Gruño esto último entredientes y sin un gramo de docilidad, sobre un gran polvo de tierra y hojas, que despiertan de golpe de su letargo en el suelo y comienzan a elevarse y girar sobre nosotros, por la brisa que provocho invocándola por mi furia.

Y el cachorro intenta nuevamente huir de mis manos al notar la fuerte ventisca que causo de polvo y hojas, con la aparición repentina de ciertos nubarrones grises que amenazan al día soleado, con sus truenos lejanos.

Pero no se lo permito y palmeo su lomo con cariño, para darle tranquilidad sobre mi ira desatada y con ello, se protege más contra mi chaqueta negra y su largo.

Y tras los gritos de miedo y fuga de los tres niños ante esa borrasca de tierra y hojas, olvidando por pánico hasta la pelota desinflada, mi presión sosteniendo el cachorro entre mis brazos y cubierto por mi largo saco, merma como el viento que desaté volviendo nuevamente el cielo despejado y la tranquilidad del lugar.

—Puedes irte, cachorro... —Le digo, al dejar que sus patitas pisen el césped y eso hace.

Corre huyendo de mí, porque me tiene miedo.

Sigue haciéndolo.

Pero se detiene de golpe a cierta distancia y me mira.

Se sienta y rasca una pulguita, haciendo que sonría.

Siente, que no soy del todo malo.

Y vuelve hacia mí, nuevamente.

Sonríó más.

Confianto.

Minutos más tarde y entregando un par de billetes al hombre del puesto de hotdogs con dos de ellos, camino al perrito que obediente me espera en una de las muchas bancas de este parque.

Tomo asiento a su lado mientras limpio algo de aderezo de mis labios, dando la primer mordida y le entrego el otro.

Me mueve la colita, mirándolo si es para él.

—Sí. —Le digo ante su pregunta sacando su envoltorio, seguido con un bollo a tirarlo en un cesto próximo de basura y comienza a devorarlo, con mucha hambre y sin dejar de moverme su colita agradecido.

—Estás flaco y feo... —Le murmuro relajado terminando el mío y descansando la totalidad de mi espalda, contra el respaldo en madera de la banca.

Saco la gorra de mi cabeza, para volver a acomodarla mejor y estirarme de forma laxa en esta, mirando el lugar y como cada humano frente nuestro, cruzando una pierna sobre la otra.

Y el perrito por ese movimiento, me observa mejor con su último bocado de comida tanto mi pelo como ojos.

—Sí, soy diferente... —Le respondo y mueve, otra vez su colita alegre.

Mi turno de preguntar.

—¿Eres de la calle, cachorro? —Y me mueve más su colita—. ¿Cómo te llamas?

—Guau... —Me responde y sonrío dando una caricia a su cabecita huesuda, pero absorto y sin mirarlo, en los que nos rodea tanto él como yo.

El ir y venir de humanos que pasan frente nuestro.

—...lo que verdaderamente importa, es inverosímil a los ojos... —Suelto muy despacio y casi, como para mí mismo en realidad.

Pero mirando entre el gentío, a una de muchas mujeres que hay.

Sentada también, pero metros delante nuestro.

Sola, joven y bonita.

Bien vestida y con un celular en manos, que tras elevarlo frente suyo, dispara una secuencia de fotos en si misma muy sonriente.

Y tras mirar las imágenes, esa linda sonrisa desaparece mientras teclea para llamar alguien y se queja y no conversa agradable.

Quiere algo mejor y le reclama uno nuevo a quien sea, como sus amigas tienen.

Y terminando su llamada rueda sus ojos, mordiendo su labio inferior por decepción y como toda respuesta mientras corta la llamada.

—Envidia e ira... —Susurro y el perrito solo retoma su colita alegre sin entender, bajo los gemidos de la adolescente poco feliz con su supuesta vida ingrata.

Y niego divertido, pero con expresión de asco y con la seria posibilidad de sacar mi arco con solo el toque de dos de mis dedos, sin dejar de mirar la muchacha que no deja de farfullar mientras camina y choca sin querer con otro hombre, por estar absorta en sus pensamientos y sin siquiera pedir disculpas y se la queda mirando por su mala actitud.

Pero, vuelvo a negar.

No es su momento de comprender para aprender.

—Bien. —Murmuro, poniéndome de pie y sacudiendo algunas migas de mis jeans negros por nuestro almuerzo—, sobrevive y no permitas que los humanos abusen de ti... —Palmeo su cabecita delgada—, yo debo ir a un lado y retomar mi propósito. —Y sin más, me despido del cachorro caminando.

Pero, mierda...

Sobre las zancadas que hice, me detengo para mirarlo sobre mi hombro y el muy jodido al verlo, me mueve simpaticón su siempre colita alegre, maldita sea.

—No hagas eso... —Le reclamo bufando.

Y solo logro.

Jodida ternura del cuatro patas.

Que se rasque por otra pulguita mientras no deja de mirarme y curve su cabecita por no terminar de entenderme y eso provoque, que una de sus orejitas caiga y cubra uno de sus ojitos, haciendo que gima por lo lindo que lo hace.

Mierda, mierda y mierda.

Y miro el cielo con reproche y de muy mala gana.

—¿Me lo haces a propósito, verdad? —Le recrimino.

Y agacho mi cabeza, intentando calmarme y deliberando con mis manos al aire, para luego apoyar ambas sobre mi gorra mirando otra vez al cachorro con ya, mis manos en mis caderas y pateando el piso tipo berrinche tras lanzar una profunda y larga exhalación, reanudando mis pasos al perrito.

Tomo asiento otra vez a su lado, porque nunca se movió.

—Ok... —Le digo, golpeando mis mejillas para reactivarme y lo miro.

Me gano otra movidita alegre de su cola.

Maldita sea, es adorable...

Sacudo mi cabeza.

Yo no puedo sentir, me repito.

—Dime cachorro... —Le digo—, si alguien podría concederte un deseo... —Mi brazo en mi rodilla con mi barbilla en mi puño, totalmente atento a su reacción— ...qué sería?

Y otra vez vuelve a inclinar su cabecita interrogante, haciendo ahora que la orejita que tapaba su ojo, vuelva a su posición original, pero me ladra al comprender y espero paciente, su respuesta.

Que no demora mucho en llegar y sentirla, cuando el sonido de algo alerta sus orejitas y como respuesta en otro sector del parque y sobre un gran césped, humanos juegan o simplemente pasean con más perros.

Mascotas.

Y más sonido llega a nosotros, pero alegre y festivo, porque son risas de ellos con sus perros.

Miro al cachorrito y me mueve su colita.

Entiendo.

Él quiere una familia.

Y es suficiente para mí.

Lo alzo y me lo llevo conmigo cruzando el parque y en dirección a mi coche, abriendo la puerta del acompañante para que suba y haciendo a un lado el paraguas amarillo que tomé prestado de la muchacha sin su permiso y mi cajita de música, para alejarlo de esto que hasta hoy era su hogar transitorio.

Y sobre las calles manejo siguiendo mi instinto y sonrío, en como disfruta el paseo bajando algo la ventanilla de su lado.

Hasta que lleguemos a su destino.

—Listo. —Le digo una vez que lo hacemos, deteniendo mi coche como motor y bajo.

Y siento su desconcierto al notar el lugar, porque no hay casa ni verjas blancas como tampoco, una familia humana saliendo por él.

Solo una gran explanada de un estacionamiento, junto a un enorme edificio de varios pisos en color blanco y pulcro en un costado.

—¿Confías en mí, cachorro? —Mi voz, hace que me mire por la ventanilla y acaricio su flaco lomo, para luego caminar en dirección a la cajuela de mi auto.

Lo abro y saco mi arco, volviendo hasta donde está él y abrir su puerta, pero no baja.

Y cuelgo mejor *al jaby* arco de un hombro, mirando la entrada principal a este predio en la lejanía y verificando al mismo tiempo la hora de mi reloj.

—No tenemos mucho tiempo. —Le digo—, confías en mí? —Le repito otra vez.

Y su expresión me dice que no mucho, por eso me inclino al perrito y a la puerta todavía abierta.

—...siento tu miedo, pero también tu anhelo cachorro. —Lo miro—. Ese fuerte deseo, porque tus latidos llegan a mí. —Sonrío—, y cuando un corazón acelera por la emoción que sea, puedo percibirla a millas sin importar si hay altas montañas u océanos que se interpongan, porque me alimento de ellas para mal... —Me sonrío— o para bien. —Gruño con lo último, contrariado— ...pero sobre esa gota de miedo que te recorre... —Vuelvo a chequear mi reloj y la hora poniéndome de pie en el momento exacto, que un Jeep negro entra a la playa de estacionamiento que estamos y estaciona, en otro extremo contrario a donde estamos—, te prometo por el de arriba... —Hago una mueca, por llamarlo—, que se hará realidad tu sueño. —Finalizo, ajustando mejor mi larga chaqueta negra que me cubre e invitándolo a que baje y me siga.

Y me acepta con algo todavía de temor, pero el cachorro escualidón lo hace y no pierdo tiempo.

No puedo.

Y sobre sus patitas tocando el piso, lo levanto y apuro mis pasos corriendo con él en un brazo

entre coche y coche, para no ser visto por ese hombre y mujer que la última es mi objetivo, cual el corazón del cachorro palpitando en mi mano me confirma, que es la correcta cuando la ve.

Una chica de pelo castaño con raro recogido sobre su cabeza y sostenido por lo que parece, una pluma de plata.

Ríe divertida por algo que le dice al hombre de traje negro y que antes los pasos de ella decidida en dirección a la entrada del gran edificio, él solo se limita a apoyarse cruzado de brazos en el Jeep a su espera.

Perfecto.

—Quédate aquí y no te muevas, cachorro... —Le hablo, una vez que llegamos a un rincón.

Está algo maloliente por ser entre unos containers de residuos reciclables.

Me inclino a él, tomando unas de las cajas vacías para cubrirlo y logro que casi se tape por completo, pero se niega y se sacude y repito en cubrirlo otra vez.

—No lo hagas... —Le susurro bajo, notando como la chica se acerca hasta donde estamos.

Lo acomodo mejor sobre su lomo.

—Pase lo que pase debes prometerme, que lo que veas no te asustará. —Mirando como la chica, ya casi llega a nosotros y descolgando mi arco de mi hombro—, prometo que no duelen las doradas y tendrás tu familia. —Le auguro bajando más la caja para que tape sus ojitos, seguido de ponerme de pie y escurrirme, lado contrario donde camina la alegre y despreocupada muchacha.

Y no lo dudo desde mi escondite extendiendo frente a mí, mi arco y sacando de mi espalda, una flecha de punta dorada aumentando su brillo, cuando la posiciono en mi tenso arco apuntando preciso a la espalda de la muchacha y sin saber sobre el cachorro.

Perrito que con su hocico, mueve algo la caja que lo cubre para ver y al notar lo que voy hacer contra ella, algo late en él haciendo que sobre mi postura y cerrando un ojo para una exacta puntería, sonría por notar como su escuálido cuerpo en alerta por protección a ella, se lance al mismo tiempo y a la velocidad de mi flecha surcando el aire, en su dirección y para protegerla, pensando que la voy a lastimar.

Y el destello dorado de mi flecha, se amalgama con el color que muchas veces como testigo vi, cuando colisionan.

Cuando, hay sentimiento del puro.

El del bueno.

El rojo, que con mi punta dorada.

Se convierte en una flecha rosa.

El del verdadero amor.

Y gritos de horror sobre felicidad del cachorrito encima de ella, invade el lugar.

—¡Rata! —Con exclamaciones de la chica, intentando escapar de él.

—Imposible... —Le respondo, aunque sé que no me oye colgando de forma tranquila mi arco como flechas de un hombro.

Porque ni ella ni el cachorro, se podrán separar jamás.

Y en los siguientes minutos, eso sucede entre ambos descubriéndose y ya, empezando a amarse.

—Deseo y amor, cumplido... —Susurro, cuando la chica ajena a mi presencia y abrazándolo contra ella, el cachorrito y ya no más callejerito, conecta su mirada con la mía escondido desde mi rincón, para despedirme con último gesto de mano en alto silencioso yéndome y abriendo más sus ojos el perro, cuando nota lo que se despliega en mi espalda sintiéndolo sin mi consentimiento, pero tranquilo por continuar oculto y ajeno a miradas curiosas.

Mis alas.

Y no es por la lluvia como la noche anterior, ante el contacto de sus gotas cayendo del cielo.

Es por la fuerza que absorbo.

Un vigor que recorre cada fibra de mi cuerpo por esa energía que chupan mis alas, obligando que busque respaldo a un lateral del container de residuos y aferrando mi mano contra su superficie para no caer.

Porque, no es igual a lo que siempre bebo de cada sensación humana, ya que esta es mucho más potente y jadeo, mientras me llena y colma todo mi ser.

Por ser, una de puro acto de amor lo que hice.

Y obligo a mis rodillas a doblarse contra el piso para poder descansar, controlando mi respiración por beber de toda esa energía y asombrado al notar una de mis alas con su satinado negro en su plumas perfectas en tono oscuro.

Pestaño, sin poder creer.

Porque, una.

¿Qué es esto?

Solo una.

Se convirtió, en blanca...

SANDRA

—Nada de gravedad. —La agradable enfermera desde el tercer piso y habitación de enfermería, me dice sonriente—... un poco de bacterial y bandita nueva, terminará con un buen proceso de cicatrización en la herida. —Finaliza tras terminar de colocármelo con cuidado y sacando sus guantes descartables para desecharlos en un tachito próximo.

—Lamento por molestar, señora Gladys. —Le digo, leyendo su nombre en la pechera de su uniforme infantil de enfermera, con una sonrisa de agradecimiento, pero girando a Nazareno sin sonrisita para él, haciendo que ría divertido caminando al ventanal—, le dije que no era de gravedad y solo hice, perder el valioso tiempo que ustedes tienen.

La anciana mujer, se sonríe.

—Hay que prevenir y estamos para eso. —Me guiña un ojo divertida y sacando se su bolsillo, una paletita de fresa por mi buen comportamiento como si fuera un niño, ya que estamos en un Hospital infantil.

Río, aceptándolo y saltando de la camilla mientras me pongo mi abrigo y la enfermera Gladys se despide.

—¿Qué miras con tanta atención? —Le digo a Nazareno, que no deja de mirar para abajo y lo que es la zona de estacionamiento, con mucha atención y serio.

—Nada importante. —Lo que sus palabras dicen, contradice a su ojos sin quitar la vista y me da curiosidad acercándome, abotonando mi abrigo por un cierto frío que embarga mi espina dorsal y resto de cuerpo.

Y miro como él buscando algo y rogando que no sea ese escalofrío, un síntoma de gripe por el aguacero de anoche.

Pero, nada.

Solo lo que parece, containers de residuos secos y no.

Ni un alma.

Se sonríe de esa forma angelical y linda.

—Te dije, que nada importante. —Gira mis hombros, para que salgamos del consultorio—... nada de importancia. —Me vuelve a repetir, divertido y de muy buen humor ahora.

—Ok... —Solo digo, encogiéndome de hombros.

Hombres...

Capítulo 5



Me desmorono contra mi coche al llegar.

Apenas puedo por el dolor que siento de esa energía que me consumió, extender mi brazo y poder abrir mi lado, para una vez dentro apoyar todo mi peso en mi asiento.

Jadeo con mis ojos cerrados y hasta sintiendo gruesas gotas de sudor deslizándose por mi cuello, mientras mis dedos buscan el interruptor de mi puerta para bajar la ventanilla y que algo de aire fresco inunde el interior del auto.

No sé, en qué momento mis alas desaparecieron.

Pero lo cierto, es que jamás las vi.

Y vuelvo a repetir, nuevamente algo ajeno a mí.

Sentir.

Sentirlas tan..

Mierda, no sé, ni que calificativo ponerle.

Pero lo cercano sería en su mayor tamaño lejos de la de siempre y acostumbrado a verlas, como fuerza al expandirse sin mi permiso, mientras experimentaba ese poder adueñándose y recorriendo cada jodida célula que me compone, para luego esa contundencia erradicar en ellas.

Y lo que más me sobresalta.

¿O asusta?

Una en su negro satinado y brillo perfecto oscuro.

Se convirtió en blanca.

Una, pura en su color.

Abriendo mis ojos y ya casi controlando mi respiración, volteo como siempre al asiento del acompañante y busco abajo de este, la cajita de música.

La abro para escuchar su melodía que desde el día que llegó a mí, me da esa cierta paz que a más de una vez necesito.

Es una sonata y como dije antes, pareciendo la de un violín con sus melodías en colores tristes.

Mustio, pero lejos de lo luctuoso o lúgubre.

Más bien, plácido.

Y como si con cada nota serena.

Vuelvo a cerrar mis ojos.

Podrías escuchar la vida..

SANDRA

Fascinada desde mi lugar y en un descanso de la práctica arriba del escenario, escucho embelesada como Nazareno magistralmente toca su violonchelo en compañía de otro compañero pero este, tocando el piano, una sonata de Beethoven, bajo la mirada atenta como dije mía y resto de nuestros compañeros.

Ya que y para mi placer, es la misma que tenía la cajita en madera musical que mi abuela me regaló para una navidad junto a un bonito vestido.

Una que extravié sin saber como ni cuando, tiempo atrás.

Bastante.

Siendo producto de llanto y mucho desconsuelo al no encontrarla.

Jamás.

Los aplausos no se hacen esperar por nosotros, cuando finalizan y Nazareno dejando su instrumento sobre la silla como nuestro camarada el piano y fingiendo ambos una por demás reverencia que nos hace reír, viene hasta donde estoy y como yo, toma asiento sobre el piso dejando que la pared que uso de apoyo, también lo haga su espalda junto a nuestros bolsos.

—No entiendo cómo puedes tocar sin jamás titubear y con tanta precisión, Nazareno... —Suelto sin dejar de pasar con cuidado una franela a mi violín. Lo miro. —Eres sorprendente...

Se sonrío haciendo a un lado de su frente un ensortijado bucle, fuente también de envidia para cualquier mujer, por la belleza dorada y natural de su pelo de ángel.

—Mucho tiempo... —Me dice, relajado contra la pared.

—¿Tiempo? —Repito con un gesto de deseo—. Prácticamente, el mismo que el mío y yo... —Elevo mis manos—. ¡Jamás, logré tu perfección! —Una mueca.

Se limita a sonreír más y cambia la conversación, focalizado en mi rodilla.

—¿Estás bien? ¿No duele?

Niego, golpeando con cariño mi hombro contra el suyo por tanta exageración a una simple raspadura.

—Ya te dije que nada importante y... —Le recuerdo—... la agradable enfermera lo confirmó.

Pero, sigue mirando mi herida cubierta por la bandita que la cubre y niega.

—Si hubiera estado anoche... —Nuevamente se reprocha, pero mi mano libre tapa sus labios para que no continúe.

—...es imposible, Nazareno... —Corto su lamento, a cercándome a él y río con ganas. —...no eres mi ángel guardián...

Y algo aparece a un lado de mi rostro y el suyo.

Una roja y lustrosa manzana, que Nazareno me ofrece alegre y debe haber sacado de su bolso.

—No, no lo soy Sandra... —Dice ofreciéndomela con una mueca de pena por ello, causando que ría otra vez y no lo dudo.

La muerdo, porque realmente es seductora y al probarla, confirmo su dulce jugo y sabor.

Y Nazareno también la muerde sonriente compartiéndola los dos con cada bocado, mientras ahora otro par de compañeros interpretan algo de Vivaldi con sus instrumentos, en nuestro pequeño recreo hasta la próxima práctica...

CAÍN

Bajo de mi coche, ya recuperado.

Las pisadas de mis botas se escuchan con cada paso que doy entre la gramilla y se mezclan con las campanadas que una y otra vez, suenan desde su alto en el campanario de la vieja iglesia.

Aunque estoy tentado de subir las empedradas escalinatas principales que te conducen a las dobles y en madera puertas de entrada siempre cerradas.

Retengo esa siempre latente ganas o llamémosla capricho de ver una por dentro.

Lo añoro, pero niego.

Rodeo un lado de la edificación para llegar al lugar que busco.

Una ventana también en madera y con los años como la misma iglesia, ubicada bajo un enorme árbol de cerezo que por la temporada, lejana de sus flores que indican la belleza de la naturaleza como la bienvenida de la primavera.

Su posición es algo alta, pero no para que yo con mi altura, pueda ver algo de su interior, mostrando con su vista una parte de los asientos de la congregación como lo que es el presbiterio con la credencia.

Y volteo mi rostro de ello como cuerpo y haciendo a un lado mi larga casaca negra para mayor comodidad, flexionado sobre mis rodillas me apoyo contra la pared y bajo la ventana con mi vista ahora al elevado árbol de cerezo.

Mirando su imponente tamaño como altura como cada rama carente de hojas y flor, bajo las últimas campanadas dando su final.

Muerdo mis labios, antes de emitir mis primeras palabras y viniendo a mi mente lo que nunca me abandonó.

Esa poderosa fuerza más allá de haberla sentido alguna vez como esa sola pluma blanca que apareció en una de mis alas.

—¿Esto y ella, es el fin? —Le pregunto.

Y bajo mi cabeza entre mis rodillas, presionando mis dedos sobre mi pelo casi blanco, aguardando.

Esperando su respuesta...

Capítulo 6



Las fuertes pisadas del director Jeremías, se sienten llegando al auditorium pasado unos minutos de nuestro descanso, acoplándose en compañía de su ayudante de siempre con bolsas.

Más bien, lo que parece fundas que protegen ropa con su cierre característico en todo su largo, causando que todos no llame la atención y caminemos a él, al llegar a las pequeñas escalinatas laterales y apoyar todos en una de las sillas vacías.

Complacido y refregando sus manos entre sí, por satisfacción no mira a todos, seguido de señalar cada funda prácticamente una arriba de la otra.

—¡A tiempo sus respectivas prendas para usar el día del estreno! —Afirma lo que sospechamos y no hace falta que nos de la orden.

Todos felices y festejando ello, rodeamos la silla distribuyendo la que corresponde a cada uno, ya que en su frente tiene las etiquetas con nuestros nombres.

En muchos conciertos clásicos, predomina los colores al unísono oscuros como el negro o un azul noche tan fuerte que pasaría por el primero, pero sobre una charla grupal, cual Jeremías muy democrático pidió opinión en cuanto a ello de lo que nos gustaría.

Todos asentimos por algo claro y bajo la sugerencia de Nazareno de por qué no, lo que jamás se optaría, como el color blanco.

Uno diáfano, dijo.

Y para mi asombro al bajar la cremallera de mi prenda y extenderla frente a mí, sobre su prolija percha sosteniéndola mientras todos hacen lo mismo.

Me encuentro que la mía, es un bonito vestido algo largo con detalles en rosa pálido en ciertos lugares de su diseño.

No es ceñido ni mucho menos, sugerente con connotación sexi.

Pero, sí.

Supongo, ya que no lo me lo probé todavía.

Envolviendo mi silueta donde tiene que hacerlo en su bonito corte, con delicadas mangas largas con porciones en transparencias.

Que y aunque, no tienen mucho parecido en sí.

Me recuerda a un vestido del mismo color que tuve de pequeña y amaba.

El otro por obvias razones era más infantil, pero sin saber el motivo, los encuentro como si fuera que tienen el mismo ADN de confección.

Y para mi asombro otra cosa, mientras veo con detención a mis demás compañeros con sus trajes.

Que no solo los diseños de ellos son diferentes, pero manteniendo el blanco siempre.

También, que soy la única que corta el el color con esos pequeños detalles rosas pálidos.

—¿No te agrada? —La voz de Nazareno, siento a mi lado mirando tanto me vestido entre mis manos como a mí.

Niego.

—Me encanta. —Murmuro sincera, volviendo a mi prenda y tocando suavemente su género—... solo, que noto que soy la única que lleva aparte otro tono del color blanco.

—Será, porque eres la única mujer, Sandra. —Me dice lo que es cierto.

En la compañía éramos en un principio dos mujeres, pero eventualmente mi compañera recibió una gran propuesta del Reino Unido por la gran trayectoria que tenía, siendo una profesional con su instrumento por su más de 20 años de ejecución.

Sonríó ante sus palabras.

—Eso, sonó machista, Nazareno... —Lo reprocho mientras guardo con cuidado mi vestido y para nada en contra a mis palabras.

Niega.

—No. —Me dice, notando que fue el único que no verificó su traje—. Es un halago mi querida amiga. —Me corrige con cariño—, tú, en ese vestido blanco y con detalles en ese color... —Me señala. —...en la noche del concierto, una bonita mujer digna para escribir las más lindas odas en una composición poética a la feminidad, bajo la majestuosidad de tu violín.

Y mi puño, no se hace esperar en su hombro.

Lo golpeo suave y a modo amonestación por su halago zalamero, respondiendo con una sonrisa alegre.

CAÍN

—Todo fin, es el comienzo de algo... —Una brisa, así la siento.

Como lo es siempre que me responde, desde la ventana que aún a gachas me encuentro.

Ni siquiera me molesto en incorporar mi rostro, todavía oculto entre mis rodillas y manos.

Jamás lo vi, tampoco a ciencia cierta sé quién es.

Explicar su tono de voz como color del mismo, imposible.

Pero lo más cercano, lo mencionado antes.

A una brisa.

La misma que siento que envuelve este lado del jardín de la parroquia y por eso a mis oídos llega el tenue sonido de las ramas del cerezo meciéndose ante ello.

Cosa que me hace elevar mi vista retirando mis manos de mi rostro, para observarlo.

Y con desconcierto, ya que no lo noté a llegar, logro divisar pequeños brotes en algunas de sus muchas ramas.

Diminutas yemas percibiendo suaves tonos rosas pálidos, augurando en este día tan blanco por el sol iluminado desde el cielo despejado ya lejos de toda lluvia, la próxima primavera.

—Septiembre... —Murmuro.

Y con ese mes en sus primeros días, siento mi propósito y hasta algo familiar.

La voluntad de mi cometido, con respecto a esa chica.

Me atrevo al incorporarme y sacudiendo con mis manos mis pantalones negros, por más que no tuvieron contacto mis rodillas con la tierra, ya a mirar por la ventana siempre abierta con la misión a seguir y bajo las palabras mías dichas en voz alta minutos antes, diciendo que es el fin.

Pero en él, que es un comienzo.

Y una exhalación descarga mis pulmones, haciendo a un lado mi pelo blanco por molestarme algo la vista.

Una, que como cuando llegué curioso o extrañado, se pregunta desde que tengo uso de razón, cómo es una iglesia por dentro.

Mucha curiosidad.

Pero la lluvia, siempre me recuerda esa negación.

Cada gota caída del cielo, evitando su contacto y que no puedo.

Sin embargo, antes podía.

Miro el cielo.

Eso creo.

El tiempo con su edad, transcurre pero no está en mí.

Lo sé por mi sueño recurrente que sé tener, vigente cuando lo experimento, pero pierdo mucha totalidad de él al despertar.

Uno siendo un niño, tal vez con 8 años de edad y cual para mi asombro, una lluvia me cubre sin nacer mis alas.

Como si fuera un humano.

Un niño normal.

Sobre una lluvia copiosa e intermitente, que te ciega si intentas ver por estar oscuro el lugar.

Nunca pude deducir donde ocurre, pero sí, que es inhóspito y no una ciudad o parecido.

Como lo único sobre mi posición acurrucada sobre mí mismo y llorando con esa siempre lluvia, sin piedad y sintiendo su frío húmedo calando cada parte de mi sistema como huesos, solo el reflejo de algo, también único pero fuerte, siendo el aislado destello de todo en esa negrura.

Mis ojos bajan a las ramas del árbol de cerezo con esos brotes que antes no vi.

Sin embargo, aunque nunca termino de recordar todo de ese extraño sueño.

Sé, que hay más.

No tengo idea que puede ser, pero siento que algo sigue a ello.

Lo podría apostar.

Pero mi recuerdo solo llega hasta en el momento, cuando me atrevo a levantar mi rostro lloroso y bajo esa copiosa lluvia acurrucado en ese rincón, para ver ese algo que llama tal vez mi atención.

Si.

Hasta ahí y ya no logro recapitular nada después como recordar, por más que sé que hay más.

Nada de nada...

SANDRA

—¿Pizza para todos? —Nazareno consulta al entrar todos al local de comidas.

Un bodegón cerca del teatro, cual casi todos mis compañeros y yo sin mucho que hacer en mi departamento, decidimos cenar siendo temprana hora.

Todos asentimos tomando asiento y rodeando las dos mesas que unimos como dejando en otra por la escasa clientela, nuestros trajes con sus fundas al igual que los instrumentos.

El dueño del local toma el pedido en masa que le hace mi amigo, mientras yo siendo la primera vez que vengo al lugar y mis compañeros no por ser habitué, miro todo los que nos rodea.

Es agradable a la vista.

Más bien casero y notándose con cada mobiliario como decoración, que lleva sus buenos años desde su inauguración haciéndole competencia a la fecha de la creación de la misma tierra.

Y río para mis adentros por ello.

—Muy antaño todo, ¿verdad? —Nazareno aparece con vasos y una gaseosa en jarra.

Lo ayudo a distribuir en las mesas.

—Bastante. —Respondo, dejando que uno de los chicos llene nuestros vasos. —Pero me agrada la decoración y el aroma... —Finalizo, captando uno de mis sentidos el delicioso aroma a pizza haciéndose y llegando hasta donde estamos.

Mi vista se centra mientras bebo algo de mi vaso y por sobre su vidrio en un cuadro algo antiguo acusando su marco como fotografía, de lo que parece el mundo siendo rodeado por ángeles.

—¿Te molesta? —Me pregunta sobre la mirada atenta de Naza, Batista uno de mis compañeros.

—No, es un lindo dibujo. —Le digo, porque me recuerda a esos viejos cuadros que los abuelos de uno saben tener en su casa y como tal, algo parecido mis abuelos cuando íbamos a visitarlos con mis padres o sin ir más lejos y después de su accidente siendo mis tutores legales, ver en su sala uno con similitud ya viviendo con ellos.

—¿Crees en los ángeles, Sandra? —Felix, prosigue con la charla.

—Yo, no. —Batista responde sin bacilar, provocando que ría al igual que Nazareno, ya que se caracteriza por ser muy honesto e íntegro.

Diría hasta escéptico, notando esta conversación a lo religioso.

Me encojo de hombros.

—Nunca lo pensé... —Hago una pausa para pensar mejor... o analicé en detalle, pero me parece bonito pensar que sí.

—¿Por qué? —Paul que se mantenía callado me pregunta, animado por la charla y robando algo de maní de un platito que Juanchi otro compañero, segundos antes fue a buscar por el dueño a modo aperitivo y regalo, hasta que se hagan las pizzas. —Antes no creía, pero ahora sí... —Agrega ferviente y sin dejar de masticar, sobre ese arrepentimiento que parece tener por ello antes.

Pienso nuevamente mi respuesta, jugando con un par de maní entre mis dedos.

—Me gusta pensar que los ángeles de la guarda existen... —Murmuro llevando estos a mi boca y saborear despacio cada uno.

—Yo, no sé... —Interrumpe Tomy incrédulo, otro de mis compañeros.

El que acompañó a Nazareno en nuestro descanso momentos antes con el piano y no regaló a todos de esa dulce melodía con mi amigo.

—Yo no creo en cosas, si no las veo... —Acota, mientras se hace a un lado para dejar espacio y al notar al dueño viniendo con dos fuentes trayendo las pizzas.

—Aunque se experimente dudas... —Nazareno toma la palabra, que en todo el debate se mantuvo en silencio. —...esa creencia de lo que sea, puede estar dispuesto a restaurarnos la fe sin ver nada... —Me mira, mientras reparte las porciones a cada uno. —...creo... —Sonríe.

—¿Qué te lleva a pensar en el ángel de la guarda? —Juanchi sigue totalmente por lo que veo, que si cree en el Cristianismo o en todo esto, al igual que Paul.

Me parece.

Agarro mis cubiertos.

—Cuando tenía 8 años, sufrí con mis padres en un viaje mudándonos a la ciudad de mis abuelos, un accidente... —Esa parte todos lo conocen por sus rostros desencajados, arrepentidos por mi pérdida y sin saber que nuestra gran cumbre me llevaría a hablar de eso. Sonríe para animarlos. —...como ya saben, perdí a mis padres en él, salvándome solamente yo y aunque no recuerdo mucho, más que esa intermitente lluvia que no cesaba en la oscura ruta sobre nuestro coche y el que ocasionó el nefasto accidente que a duras penas pude ver la fatalidad de todo, por la única iluminación de las farolas de los autos... —Comienzo a cortar mi porción. —...yo sentí algo...

—¿Qué? —Batista murmura tan atento como todos y apoyando todo su cuerpo sobre nuestras mesas, sin recordar en comer.

—...como un ángel. —Respondo, dando mi primer bocado. —...pese a que estaba herida y

confundida, intentando encontrar mis padres arrastrándome por la carretera y bajo esa lluvia sin animo a detenerse... —Corto un segundo pedazo. —...recuerdo a alguien también ahí, llorando y hasta juraría por más bruma por la situación, que necesitábamos encontrarnos. —Saboreo otra vez mi pizza. —Supongo...no lo sé bien, porque luego me desvanecí y desperté tiempo después en el Hospital, pero y aun que, casi siempre sueño con esa noche, creo que era un ángel... —Finalizo.

Capté la total atención de los chicos, cual se miran entre ellos tras escuchar mi sinceridad, causando que sonría.

—¿Soy chica, recuerdan? —Río—. ¡Necesito romance en una tragedia! —Quiero amainar la situación, ante sus rostros.

Y lo consigo, porque ríen conmigo, ya charlando de lo que nos gusta con cada porción que repetimos con gusto.

La gran noche de nuestro concierto.

Solo Nazareno con postura muy relajada y todo el peso de su cuerpo en su silla, me observa sereno como reflexivo, convirtiéndolo en una bonita estatua viviente y acusando la misma, sus ensortijados bucles dorados moverse apenas, ante una suave brisa que entra de golpe por la ventana a medio abrir que está de su lado.

Lo obligo con un gesto en el aire de mi tenedor en mano a que comience a comer, que lo hace reír como por fin acatar mi pedido y degustar su primer porción.

Y suspiro aliviada, atacando mi tercer porción de pizza.

Por más que es inevitable no sentir un duro dolor punzante que voy a llevar por siempre ante el recuerdo del accidente como perder a mis papás siendo testigo.

No me gusta ni quiero contagiar esa aflicción a nadie.

Yo solo quiero que la gente sea feliz, me murmuro para mí, mientras veo a cada uno de mis compañeros con cariño y compartiendo esta última cena juntos, antes de nuestra actuación final después de muchas practicas y veo como Nazareno deslizand su silla, se pone de pie para ir al baño.

CAÍN

Apoyado contra la pared de ladrillos de un lado y a las afuera del bodegón, debo decir lejos de la farola de la calle, miro con cuidado por la ventana semi abierta y cual deja a mi placer, la visual completa de la chica de mi propósito cenando con sus compañeros de música.

El aroma a comida llega a mí, pero no siento hambre por más que veo como todos ellos comen a gusto cada porción de pizza.

Mi vista viaja a una mesa aledaña, donde los instrumentos descansan al igual que lo que parece fundas en tono canela protegiendo las prendas que llevan dentro.

Llamando mi atención y obligando a estrechar más mis ojos, que de uno y los muchos apilados uno sobre otros, sobresale una tela un fragmento de género de color blanco puro, pero con cierto toque rosa pálido, viniendo a mi mente los brotes del cerezo de la iglesia por ser del mismo color.

—¿Buscas a alguien? —De la oscuridad del callejón que estoy, alguien me habla.

Y volteo para encontrar sobre la misma pared que me encuentro a un chico apoyado también.

El rubio y de pelo rizado color oro, que momentos antes estaba en la mesa como todos cenando.

No se altera por mi presencia y debo reconocer que yo tampoco.

Solo lo miro en silencio, como con aire natural y despreocupado con sus manos en los bolsillos de su claro pantalón, me habló.

—Pensé que eras un vagabundo por comida, asomado... —Una mano se alza entre nosotros, con gesto explicativo. —...y por esa manera mirando hacia nosotros. —Sobre la oscuridad, observo

que me escanea. —Pero llevas buena ropa...

—No lo soy y no tengo hambre. —Le respondo, mirando como todos e inclusive la chica, se levantan bajo una conversación divertida entre ellos, para retirarse y recogiendo sus cosas, abandonando las mesas.

Y mi atención, vuelve a él.

—Tú, tampoco... —Hablo, cosa que lo hace sonreír y con ayuda de un hombro con su envión, se separa de la pared para caminar breves pasos, pero se detiene hasta donde estoy.

Paralelo a mí, sin invadir mi espacio personal.

Es casi tan alto como yo y desde donde quedó, gracias a un haz de luz que atraviesa de la farola de la calle, puedo ver algo mejor su persona.

Casi mi edad o tal vez unos años más.

No lo sabría decir.

Lleva como calza, colores claros.

Hasta el suéter abierto que lo protege del fresco de la noche, convirtiéndolo con eso y a juego con pelo dorado como facciones de rostro, diríamos en algo angelical y eso, me pone de mal humor.

Corrección.

Cierta desconfianza sin saber el motivo.

—¿Un potencial acosador, entonces? —Ni responde a mi duda, sin embargo lo hace con otra pregunta, tras el bullicio de la charla grupal de todos, ya saliendo del local de comida y abrigándose en la acera.

Ambos miramos a la chica.

—¿Quién eres? —Sin abandonar mi vista, sigo.

No es natural que dos desconocidos y jamás se vieron, conversen como si nada.

Apenas miro en su dirección.

Y él, tampoco lo es.

Pero me quedo con la duda, ya que él ya camina en dirección de sus amigos para encontrarse y sumarse a sus charlas divertidas, mientras ayuda a la chica a cubrir sus hombros con su abrigo, cual se le agradece con una amplia sonrisa, mientras abraza contra ella el estuche de su violín.

Algunos se despiden desde ese punto tomando direcciones contrarias y el resto parece que seguirán juntos, eso no llama mi atención.

Lo hace lo que ese chico cual me habló y descubrió figoneando hace, provocando mi ceño se frunza.

Besa la mejilla de ella sobre una ligera mirada a mi dirección, ya que sabe que estoy aún desde la oscuridad observando por más que no me puede ver.

Y aunque un beso es signo de amistad, refleja afecto y respeto.

Cariño hacia el otro.

Eso dicen.

Pero, por qué yo...

Y otra vez, me asombro por volver a sentir.

¿Una interpretación, más allá de esas emociones con ese gesto?

¿Me refiero a ese beso, cuando entre ambos se percibe una alta relación de confianza?

—Mierda contigo, septiembre... —Se me escapa en voz alta por ello y con ello, pasmo.

Porque descubro sin saber su nombre, que a la chica la bauticé con ese mes.

Los observo como se van yendo y entre risas, procuran detener un taxi para montarse.

Mes, cual comienza todo esto.

Reflexiono.
O termina...

Capítulo 7



—¿Segura? —Nazareno al lado del taxi que bajamos ya frente de mi edificio, repite nuevamente al llegar.

Tomo mejor el estuche con mi violín y le regalo un blanqueo de ojos por sus insistencia.

Sonríe por eso mientras señalo la puerta de entrada.

—Muy segura. —Abro más la puerta trasera del taxi, para que se monte en él. —Hay luz y no es tarde. Nada me puede suceder, subiendo el único piso que me lleva a mi departamento...

Lo empujo en sus hombros para que de una vez se suba y lo hace con dramático suspiro que hace que ría.

Pero no contento, baja la ventanilla ya dentro y se apoya sobre esta con su brazo mirándome y antes que sus labios ya entreabiertos digan algo, mi dedo lo silencia.

—No te atrevas a decirme por tercera vez, si estoy segura... —Amenazo divertida.

Y logro que no lo haga.

Se limita a asentir sobre mi dedo, sin emitir una frase.

Y como en las películas, golpeo el techo del móvil a modo que el conductor siga su camino.

Y lo hace, pero a metro de moverse se detiene de golpe, causando que voltee de mi camino a la entrada para ver casi la totalidad de la cabeza de Nazareno fuera de su ventanilla.

—¡Descansa bien mañana! —Grita—. ¿Paso por ti, el gran día?

Afirmo feliz.

Mañana es día de los preparativos finales en el teatro en la parte de producción y utilería al estreno del concierto.

Solo descansar, practicar como último recurso si es necesario y cuidar nuestras manos como instrumentos que todo esté a punto para el otro día.

Como dijo mi amigo, el gran día.

Su pulgar arriba de asentimiento es lo último que veo, mientras el taxi se pierde por la calle casi desierta.

Miro el cielo nocturno.

A medias estrellado y lo que parece por unas grises nubes acercándose, con ganas de llover nuevamente.

La idea de algo dulce como unas galletas acompañada de un caliente té muy lejos de tener sueño mientras practico otro poco, me seduce y por eso me encamino sin dejar de mirar calle abajo, donde el sobreprotector Nazareno se fue con el taxi en dirección la mercadito 24h cerca de mi edificio.

Minutos después salgo con mi mediana bolsa de compras y ya, degustando una de las galletas para hacer amena mi caminata.

Una, algo cuesta arriba por muchas colinas que compone la ciudad.

Zona que conozco prácticamente desde que nací, ya que a pocas cuerdas vivían mis abuelos y cual con mis padres nos mudaríamos.

Pensar eso, me recuerda a la charla con los chicos momentos antes en el bodegón a la espera de nuestras pizzas.

Sus rostros e inclusive Nazareno, atentos y con respeto, mientras volvía a narrar algo de esa noche del accidente, cosa que ya lo sabían, porque no es algo que oculte.

Como también, pasar a curiosos cuando mencioné creencia o no, la existencia de seres especiales.

Me encojo de hombros, mordiendo con ganas mi galleta.

Yo creo que existen, es así.

Pero ante mi segunda galleta dulce, detengo mis pasos de golpe para mirar sobre la baja pared vecina que sobre los desniveles de la colina, contiene la misma y construidas de las mismas rocas del lugar entre vegetación verde y cactus.

Es por un sonido.

Más bien, un bajito maullido.

Y no lo dudo por más hora tardía ya de la noche.

Camino a la dirección de ese sonido, pensando que tal vez un gatito quedó atrapado entre los arbustos y los cactus estando en problema.

Cosa que es a media verdad cuando logro localizarlo, tras mirar en varias partes, eludiendo las plantas.

Es un lindo gatito gris entre ellos, pero no atrapado.

Se me escapa un suspiro, cuando me inclino frente a él, lejos de temer mi presencia.

Más bien feliz de verme, con apenas meses y con mucha hambre.

Me lo dice su cariñosa forma de pasarse sobre mis piernas y notando mi galleta en mano.

Sonríe, desgranando pequeños pedacitos en el suelo, cual come con ganas.

—¿Eres callejerito? —Le pregunto, acariciando su lomo.

Obviamente no me contesta, pero desmenuzando otra galleta que saco para coma con ganas, me dice que sí.

Otro sonido hace que voltee sobre el ronroneo del gatito agradecido.

Ver a metro de nosotros de golpe, alguien de pie y a espalda mía.

Podría haber gritado.

Podría, por más que su presencia apareció de improvisto, asustarme.

Aunque, reconozco que mi corazón latió y casi se me sale.

No sé, el motivo.

Sin embargo desde mi postura, apenas lo mire por el rabillo del ojo mientras noté como rápidamente guardó lo que tenía en una de sus manos muy sorprendido atrás de su espalda, seguido de llevar su mano libre a su cabeza acusando dolor por cerrar muy fuerte sus ojos.

Creo.

Aunque eso sí, me alarmó provocando que corra a él, al ver que cae al suelo y sobre sus rodillas.

Dios...

CAÍN

Grandes muros empedrados compone esta calle colina arriba y me apoyo sobre el mismo esperando.

Me es familiar la zona.

Supongo, porque noche atrás y bajo la lluvia, traje a septiembre el día que la salvé de su accidente.

Y recordando eso, un bufido se me escapa, ya que hice algo prohibido.

No ir contra el destino de cada humano.

Pero, lo que más me atormenta.

¿Por qué, no fui castigado?

¿Llamado?

Miro mis ajab de flechas.

Siguen todas.

Y lo que más llama mi atención.

Resoplo.

¿Por qué, no siento culpa?

Un arrepentimiento.

Me incorporo poco conforme, pasando mis manos por mi cara y haciendo hacia atrás parte de mi pelo blanco que molesta mi visión, procurando deliberar todo esto.

Este propósito que me encomendaron, pero no termino de comprender en su totalidad, pero es la chica violinista que tiene raros amigos.

En especial, el rubito ese con rostro angelical.

Miro el cielo oscuro y estrellado.

¿No me jodas, si?

Él está fuera del plano humano.

Y golpeo una diminuta piedra con la punta de mi zapato, retomando unos pasos en mi espera.

Ya que para variar no me responde, pero siento sobre el aire algo fresco ya y que corre, una brisa divertida.

Genial.

Pero sobre mis cortos pasos, algo hace que gire y mire a un sector del muro de rocas.

Un sonido.

Si.

Más bien un lastimero maullido, donde cactus y vegetación orlan la muralla.

Y efectivamente, ahí está.

Un jodido gatito gris de pocos meses que maúlla sin parar, pero al verme, se limita a lamer una de sus patitas.

Y se gana una elevada de cejas de mi parte.

¿Pidiendo auxilio y ahora como si nada?

Mantengo distancia, pero flexionado sobre mis rodillas y mis brazos cruzados encima, lo miro.

—¿Eres de la calle? —Le pregunto y me contesta con un maullido, sin dejar de acicalarse.

Me pongo de pie de golpe y notando que el tiempo corre y debo volver a la espera de ella.

Se fue del bodegón y tomando un taxi con el rubio de dudosa humanidad.

¿Mi misión, lo que parece?

Su felicidad.

Y por eso, mi mejor puntería contra ellos cuando bajen del coche y a mi placer, utilizar de las doradas mi favorita.

La que es filosa y certera, pero siendo un caballero ante todo.

Sonríó.

Tendrá él, el privilegio de sentirla.

¿No deja de ser impacto de amor, no?

—Lo siento... —Le digo al minino—... no tengo tiempo de ayudarte. —Le informo—. Un samaritano humano, lo hará... —Volteo para irme, pero su actuado maullido lastimero, me detiene.

Lo miro por sobre uno de mis hombros y se lo reconozco.

—Eres bueno... —Le digo y me mira.

Y Dios.

Si, el de arriba.

Con sus grandes y tristes ojos, reconociendo que por su color, me recuerdan a los míos.

Y no por su color tan claro y raro como los míos.

Más bien, por lo que emanan.

Ayuda.

Un auxilio de algo.

Uno que los míos pedían sobre lágrimas y sintiéndome muy solo con frío, de lo poco que recuerdo de ese sueño recurrente que me embarga casi todas mis noches.

Miro descontento al gatito.

—¿Sabes? —Me apunto con una de mis flechas—. Yo soy malo, muy malo...no soy bueno... — Aunque dudo, sé que no lo soy—... y puedo armar devastación si lo deseo. —Le explico, cosa que el gato como si comprendiera no deja de mirarme atento—. Es más... —Le garantizo—...me alimento de ello, mi fuerza se genera de eso. —A mi mente viene el cachorro que ayudé en el parque, para luego cumplirle su deseo de una familia.

Sacudo mi cabeza.

Eso fue al azar.

Yo, no soy bueno.

—Tuve contacto contigo, si mueres de hambre o abandono por la humanidad, serás energía para mí... —Sigo mi camino, dejando atrás al animalito con su mala suerte, pero buena para mí.

Un vicio capital excesivamente deseable, contra este animalito por parte de todos y como las seis restantes, genera a seguir pecando.

La pereza y avaricia.

Amor hacia lo material sin pensar en el prójimo y la asedia como desesperanza.

Pero, me detengo con mis brazos cayendo a mis lados y girando sobre mis pies.

Miro al gatito como calle más abajo, donde la iluminación de la farola indica, que calles más abajo pueda conseguir algún mercado abierto.

Regreso a él.

—Voy otra vez en contra de su voluntad y el destino.

Sí, el que piensan.

El de arriba.

—No te muevas. —Le ordeno y un maullido del gatito sale como entendiendo, sin poder creer lo que voy hacer, ya que aplacé el plan de juntar al rubio como bien dije de dudosa humanidad, pero parece la felicidad de ella.

Juntarlos.

Y caminé.

Lo hice, cuando podría haber desaparecido y al momento, traer algo que sea comestible para el animal.

Me encontré para mi asombro y con mi vista en mis pies sin dejar de caminar y hasta cierto punto corriendo por esa calle.

Como lo haría cualquiera.

Cualquier ser viviente.

Y hasta notando.

Nunca lo pensé o sentí.

La fuerza de cada pisada mía, golpeando por mi trote el pavimento.

Raro.

Como también extraño y tras comprar, regresar al gatito.

Pero, algo sorprendente.

¿Y esto?

Encontrar a septiembre inclinada como yo minutos antes frente al animalito y dándole de comer.

Retrocedo, porque no teníamos que conocernos.

Vernos.

Verme.

¿Y lo más insólito?

No solo, no asustarse ante mi abrupta presencia entre la negrura de esta noche y siendo un total extraño.

Si no, lo mismo que yo.

Lo presiento.

¿Pero, de dónde y por qué, no antes cuando la salvé?

Algo familiar en toda esta escena.

¿Deja vú?

La noche.

Una calle solitaria.

Algunos refucilos por cierta lluvia amenazando con caer de golpe y sin aviso.

Escondo la lata de comida en mi espalda sin saber el motivo y aprieto mi cabeza con una mano por una punzada de dolor, obligando por unos segundos mis ojos a cerrarlos y caer de rodillas al piso.

Y nosotros dos...

Capítulo 8



Aunque mis ojos están cerrados, percibo sonidos.

Movimientos y ruidos, para luego el servir de una cosa.

Mullido se acopla a mi cuerpo al moverlo, ya que estoy acostado sobre algo blando.

Descubriendo al abrir mis ojos, que es una cama.

Una, de una habitación de un solo ambiente que compone todo lo que parece un departamento, cual, al focalizar descubro familiaridad.

Si.

La decoración, su mobiliario como cuatro paredes en suave tono amarillo.

La casa de septiembre.

Y ella misma sin notar que desperté, en el sector de lo que compone una pequeña pero acogedora cocina, cosa que, flexionada sobre sus rodillas, observa con detención y sonrisa en los labios, como el gatito bebe del diminuto tazón y con ganas, supongo que leche que le sirvió.

Acaricia su lomo mientras le dice algo bajito que no llega a mis oídos, pero debe ser algo cálido, ya que el animalito responde con un suave ronroneo de satisfacción.

Pero notando un segundo movimiento mío, gira hasta donde estoy, continuo a buscar lo que permanecía en espera sobre la mesada para acercármelo.

Una taza con una bebida caliente, que por su aroma floral, deduzco que es un té de hierbas.

—Despertaste. —Su voz, suena llegando a su cama.

—¿Qué pasó? —Solo puedo decir, incorporándome y obligando a que tome la taza.

—Te desvaneciste. —Responde, sin dejar de insistir que beba de la taza—... tuviste como una especie de mareo...

¿Mareo?

¿Y eso?

Jamás tuve algo parecido.

Me refiero a síntomas humanos.

Procuro comprender, más bien, recapitular lo que sucedió, pero solo en mi mente tengo presente nuestro encuentro inesperado que no se inmutó al verme de la nada, como y lo principal para mí, siendo mi propósito.

Que ella no debía verme.

—¿Y me trajiste a tu departamento? —Mi pregunta la hace sonreír.

—Si. —Me mira—... corrí a ti cuando te desmoronaste sobre la acera, pero me ayudaste a cargarte contra mis hombros, para llegar y recostarte. —Sonríe más—. Y facilitó que vivo en el primer piso.

¿Hice eso?

Y lo más importante, no solo del por qué sigo hablando con ella como si nada.

También.

¿Por qué me traje acá y no un Hospital, si soy un desconocido.

Aunque lo reconozco y me alegra que no lo haya hecho a eso último.

Palpo mi pecho.

Porque no sé, lo que es un latido de corazón, pienso procurando imaginar a un cuerpo médico buscando mi pulso.

¿Podré algún día?

O mejor dicho.

¿Uno, que lata por mí?

Mi vista va a la mesita junto a la cama, donde y entre unos adornos, una gasa y lo que parece un desinfectante en crema.

—Golpeaste tu cabeza... —Me explica, obligando que tome la taza, mientras lo guarda en el cajón... pero... —Vóltea a mi rostro... ni siquiera, un cardenal en tu rostro. —Nota y sin mi permiso tomando un lado de mi mejilla, para verificar nuevamente. Sonríe, encogiéndose de hombros. —Buenos genes...

—Supongo... —Me sorprende diciendo eso en voz alta, en el momento que el gatito se monta a la cama y nos observa a ambos como si nada.

Mi pierna por abajo de la frazada se sacude para echarlo, pero no me hace caso, natural se lame una de sus patitas delantera y le frunzo mi ceño.

—¿No te gusta Cactucin?

—¿Quién? —Digo.

Septiembre sonrío, acariciando el animalito.

—El gato. —Responde.

—¿Es tuyo?

—Ahora, sí. —Me recalca la taza que todavía no bebí y finjo que lo hago, apenas mojando mis labios—. Bonito, no? —Por su nombre y donde lo encontramos.

No hablo, pero afirmo.

Original nombre, lo reconozco.

—¿Por qué, supones? —Su voz me interrumpe, de mirar su nueva mascota sin ánimo de marcharse arriba mío. —Lo que dijiste antes... —Me recuerda lo que dije, notando que la miro sin comprender.

Y no sé como explicarlo.

Ya que, reitero.

Ella y yo, no debimos vernos.

Conocernos.

—Soy huérfano. —Lo que mejor me sale y notando gesto de dolor en su rostro por esa insistencia, trato de calmarla con mi serenidad—. Pero, estoy bien con eso.

Ok.

Creo que fracasé, ya que ahora su cara es más desanimada con mi respuesta y hasta toma asiento a los pies de la cama, llena de pena por mí.

Supongo.

Porque, no soy bueno con las emociones humanas.

Yo no tengo idea, que es sentir eso, aunque aprendí a percibir las.

—Lo siento...

—No lo hagas...

—¿No tienes a nadie?

Niego.

—No.

Suspira mirando sus manos en su regazo, cual ese gesto, el gatito aprovecha para enredarse entre ellos, logrando que Septiembre acicale su lomo y sonría.

Pero una sonrisa triste.

Repito, supongo.

—También lo soy... —¿Eh?—... solo tengo a mi abuelito...

Vaya.

—Perdí a mis padres de niña... —Besa el gatito—... en un accidente de carretera... — Comienza a relatar—... no recuerdo mucho, porque el impacto con el otro coche fue sorprendente por la noche y lluvia intermitente, bajo la tormenta que se desató... —Prosigue y yo escucho, sin ningún tipo de emoción.

Lo siento, pero es la realidad.

Carezco de eso.

Dice algo más, pero no logré oírlo.

Ya que y por más que solo para mí, es un relato más de muchas cosas que escuché o vi, me encontré cavilando eso.

—¿Y tú? —Eso sí, escucho.

Procuro incorporarme sobre la cama, dejando la taza sin probar el té en la mesita, porque necesito irme.

Y más, verificando que desde la ventana donde las cortinas están corridas, ciertos refucilos amenazan con lluvia.

Mierda.

La miro algo confuso y llevando una mano a mi sien, porque jodidamente esa maldita puntada vuelve.

—Yo... —Cierro ligeramente mis ojos, carajo con este dolor—... no lo sé. —Me encuentro hablando de ello—. No tengo memoria antes de mis 8 años de edad... —Pienso, intentando que la molestia de mi cabeza se vaya—... creo, tampoco lo sé bien...

—Mi edad... —Murmura y voltea a ella por más explicación, abriendo mis ojos—... era la mía, cuando tuve el accidente.

Un trueno se siente entre nosotros y el destello del mismo se refleja en esa misma ventana, regalando por breves segundos la iluminación del propio día.

En cualquier momento, gotas de lluvia.

SANDRA

No sé, por qué, lo ayudé.

Es un desconocido y por lo que aparenta, una especie de vagabundo bien vestido.

Uno como él mismo me preguntó, por qué no llamé para que lo asistan.

Hasta pensé por un momento en auxiliarme con Nazareno, pero al igual que él como algún auspicio o misma policía, mi reacción se antepuso ante mi mente y cuando cavilé algo de ello, ya tenía con algo de su ayuda poniéndolo de pie, caminando en dirección a mi edificio.

Algo usual y conocido, había golpeado mi cerebro con su presencia.

¿O su persona?

Al recostarlo y prestarle atención mientras lo ubicaba en mi cama, que me hacía preguntar.

Ya que sus gestos y facciones, lo parecían.

Y hasta por un momento pensé si podría ser alguien famoso por eso.

Algún tipo de modelo europeo o tal vez nórdico por su piel demasiado perfecta y blanca a juego con ese color de ojos tan claros, que se mimetizan con el albino de su pelo.

—¿Te vas? —Le digo y es razonable, ya que tengo un extraño en mi casa.

Pero, aún parece que su condición o estado de salud no es buena y más, cuando me acerco a ayudarlo a recoger sus zapatos.

Porque levemente tambalea y se apoya en la silla con una mano, mientras la otra y entre ambos, me dice que no lo haga.

—Puedo llamarte un taxi o a al... —Es de noche y por lo que muestra la ventana, ya la tormenta cerca.

—No hace falta. —Niega y me interrumpe, terminando de acomodarse. —Gracias, igual.

CAÍN

Su mirada se resbala sobre mi altura mientras me calzo el último zapato y acomodo mi chaqueta, percibiendo su duda.

Ella no puede creer que no tenga a nadie, ya que cualquier persona solitaria, puede tener hasta un allegado o un simple conocido.

Se nota que es una persona compasiva, sensible, bondadosa y muy humanitaria.

Cada centímetro de su persona me lo dice y como muchas veces vi, los que menos tienen son los más caritativos, comprendiendo ahora el motivo del propósito que me dieron para Septiembre.

Se lo merece.

El sonido de docenas de gotas por la anunciada lluvia, se siente por golpear suave contra el vidrio de la ventana, cual el minino al escucharla como nosotros, salta de la cama para sentarse en su borde, empañando el mismo por maullido constante que hace sin dejar de mirar hacia afuera.

SANDRA

La lluvia comienza y me preocupo sin explicación por el chico vagabundo que se vaya así.

Busco mi paraguas amarillo para ofrecérselo, pero con una mueca recuerdo que no sé que pasó con él.

Y antes que abra la puerta para marcharse, me apuro a mi armario para sacar de una percha un piloto.

Es en tono claro, un casi blanco y aunque dudo que le entre, por lo menos podrá cubrirse mientras se va donde su suerte lo lleve y no pretendo que lo analice, se lo pongo en sus hombros sin darle tiempo a que se niegue y algo me sacude ante el contacto con él.

Y me parece que a él, también.

Porque con mi gesto y siendo en el mismo instante que otro refucilo golpea la ciudad, volviendo otra vez a blanquear la habitación, sobre el grueso sonido del trueno.

Ambos ante esto, nos quedamos estáticos sobre nuestros lugares.

Supongo que él por la descarga de ese amenazador trueno, bajo otro maullido de Cactucin desde su lugar.

Pero yo...

Miro hacia mis manos que todavía siguen sobre sus hombros, por cubrirlo con mi abrigo blanco.

No.

Siento otra vez, que lo familiar golpea mi sistema sin saber a ciencia cierta que puede ser.

Pero este además.

Esta postura.

Esta actitud, siento que la viví.

Es como un jodido deja vú nosotros, la noche, las luces de la ciudad brillando intermitente y la lluvia desatada.

¿Pero, de qué?

—Gracias... —Su voz lejos de ser la distanciada y para mi asombro, me despabila, causando que pestañee para volver de mis cavilaciones profundas.

Solo lo miro, alejando mis manos.

—De nada...

—Realmente, me hace falta... —Prosigue—. Te lo devolveré... —Me promete abriendo la puerta.

Sigo confundida, pero ante que se vaya, me apuro a mi cartera y saco algo de su interior, para entregárselo.

Son dos entradas del concierto de mañana.

—Mañana tengo los últimos finales antes de la función que es por la noche. —No puedo creer que lo esté invitando y locura total, que lo haga como excusa para verlo nuevamente. —Puedes traérmelo y disfrutar de la música clásica si te agrada.

No puedo ver sus ojos, ya que su pelo casi blanco y algo largo, cubre estos por su barbilla baja observando los tickets de entrada que ahora tiene entre sus dedos.

CAÍN

Algo me movilizó.

Más bien, fue dos sacudidas.

Una, parecida como el trueno que se sintió momentos antes, ya que eso sentí, cuando Septiembre me cubrió con su abrigo blanco de la nada.

Porque ese simple gesto de su contacto, causó como un centenar de descarga eléctrica en mí.

Y lejos de parecerse a mi sueño errático y que pocas veces recuerdo, pero que me agobia desde que tengo uso de razón, el mismo vino a mi mente.

¿Por qué?

Y lo segundo, cual todavía no lo sé, pero percibo.

Que su acercamiento, me debilita.

¿Será?

Pero ilógicamente sobre su actitud de cubrirme con su abrigo para que me proteja de la lluvia.

Esto, no ocurrió.

Y necesito analizarlo, irme.

Saber que hay detrás de esta misión, porque todo en mi interior me alerta, ya que no es como otras veces.

Mis otros propósitos encomendados.

Pero, el destino o el de arriba.

Como puede ser el de abajo, no se olviden.

Sí, ese que piensan de rojito y con estridente grande, según los ilustradores como supuestamente se lo han mostrado a lo largo de los tiempos.

Atan los hilos de la vida de todos mediante la ventura, fortuna o las eventualidades de los mortales y comprendo que ambos en esta apuesta que soy yo, sobre ese destino de mis propósitos.

Que esto, es por algo.

Y por eso, accedo tomando las entradas que no dejo de mirar en mi mano y llegando a una conclusión.

Que mañana, será el día de completar la misión.

—Soy Sandra... —Se presenta—. ¿Y tú..

—Caín. —Lo digo al instante por temer olvidarlo.

Algo estúpido e ilógico eso.

Pero por un momento, un pánico de no poder decirlo me atrapa como ganas de llorar.

¿Eso, es de humanos?

¿*Y eso?*

—Guau... —Solo dice y me encuentro sonriendo.

Ya que mi nombre con su significado, no es de lo más agradable.

—Protectora... —Digo yo.

—¿Qué?

Termino de abrir la puerta para irme.

—Lo que significa tu nombre. —Respondo y comprende.

Y le queda bien.

Le hace honor, haciendo que más procure analizar todo esto.

—¿Irás? —Su voz en mi espalda suena, mientras me marchó.

Me detengo ante el primer escalón por bajar, acomodando mejor su abrigo blanco en mis hombros.

—¿Mañana, es un día feliz para ti? —Respondo con otra pregunta, apenas volteando para mirarla y asiente haciendo a un lado su rubio pelo de su rostro.

SANDRA

Claro que lo es.

Mi primer y gran concierto, cual participo y duramente, trabajé por ello, dándome Jeremías la grandiosa oportunidad de un solo en una escena para mostrar lo que amo.

Mi pasión por el violín.

Y aunque su pregunta es algo compleja, solo me limito a afirmar desde la puerta.

—Hágase la voluntad de eso, entonces... —Responde, marchándose y viendo solo su espalda como pelo blanco, bajo mi abrigo en él.

No volteó y no dijo adiós.

Apática su actitud, pero sobre este clima, noche, lluvia y lo más inadecuado que fue, dejar que un completo extraño y forastero traiga a casa, cual su nombre no ayudaba mucho tampoco.

Extrañamente, cálido todo esto y por segunda vez mientras cierro mi puerta, me pregunto otra vez.

¿Por qué?

Capítulo 9



"—¡Abel! ¡Abel! —La voz maternal se escucha, mientras sus pasos aumentan por sentirse que sube unas escaleras.

La puerta de la habitación se abre de golpe por ella y me incorporo de la cama.

¿Estaba durmiendo?

Procuro ver lo que me rodea y noto, pese al sueño que tengo, que es la de un niño.

Juguetes desparramados.

Paredes con guarda del universo y cohete espacial atravesando el mismo.

Algunas prendas tiradas también, cual esa mujer sonriente al entrar, las alza para poner en una silla en madera y tono celeste mientras camina decidida a la ventana para correr las cortinas con dibujos de un programa infantil.

Ese movimiento de golpe, causando que el sol de la mañana entre con fuerza, me hace frotar mis ojos.

Creo.

No lo sé.

Pero noto que la cama, también lleva que la frazada con temática infantil y espacial.

—¡Abel a despertar, amor! —Camina hacia un mueble y saca algunas ropas de uno de sus cajones, para retener en su mano y me mira. —¡Hoy, día de playa con los primos y tíos! ¡Eres el único que sigue durmiendo, cariño! —Ella sonriente me amonesta con ternura, viniendo hasta donde estoy y con un amoroso beso en mi frente, me deja sobre mis pies desnudos y descubriendo con ello que llevo un pijama infantil, una muda de ropa de pantalón blanco de playa y camiseta de color mangas largas. —¡Vamos Abel, vístete que el desayuno está listo en la mesa, para salir al paseo que tanto esperaban! —Feliz exclama y tomo sin mucho comprender la ropa, mientras la veo con actitud de caminar nuevamente a la puerta para marcharse.

Pero se detiene al notar mi paraguas amarillo contra la pared y niega divertida, tomándolo.

—Hará falta si el tiempo cambia, que ojalá no. —Ríe, mirando fugaz la ventana con el esplendido día.

No hablo, pero ella.

Esa joven señora maternal, otra vez sí, y para voltear ya sobre esta a medio abrir.

Su largo pelo rubio natural y de un casi blanco por ese movimiento, vuela suave tras sus hombros y descubriendo en su totalidad, su rostro hacia mí.

Es bella, lo siento así y hasta juraría que para mí, la mujer más bonita del mundo.

Me mira a través de sus ojos muy claros.

—Abel, el amor es todo... —Me dice entusiasmada sin comprender, pero asiento, bajando y

subiendo mi barbilla igual. —Prosigue. —¿No lo olvides, si? —Vuelvo a afirmar y ella como respuesta cariñosa me sonríe más, antes de irse definitivamente cerrando la puerta tras ella, provocando que de amor, mi corazón apriete de puro latido del mismo sentimiento.

Sé que la llamo, porque no quiero que se vaya, pero no me puedo escuchar cómo y puedo otra vez sentir como ver, que lo vuelvo a hacer ahora saltando de la cama para ir a la puerta de la habitación y seguirla.

No me escucha, porque se fue.

No viene.

Y por eso tomando el pomo, lo jalo para abrirla costándome al principio, pero aumento mi fuerza.

Observo como mis manos son pequeñas al rodear la misma con todas mis fuerzas.

Como también, al lograr conseguirlo y mirar hacia afuera.

Robándome un grito y retrocedo sin atreverme a salir, quedando sobre el marco de la puerta.

Que no hay pasillo y esas escaleras, que escuchaba antes por ella.

Ya que, no hay una casa.

Solo lluvia.

Mucha, cayendo de un cielo nocturno y en lo poco que puedo llegar a ver, por elevar y cruzar mi brazo contra mi rostro.

Una calle.

O tal vez una carretera.

Y luces.

Fuertes y enfrentadas, que con su intensidad atraviesan y focalizan la intermitente agua de tormenta que cae del cielo como toda iluminación.

Yo, trato de caminar.

Lo intento y al hacerlo, mi rostro también se empapa.

Por lluvia y porque lloro.

Mis brazos caen con cada paso que doy, bajo esa tormenta como calle desierta y esas luces que me ciegan.

No puedo ver nada por culpa de la tormenta, pero percibo el frío calando mis huesos, ya que cada gota que es helada, me cubre y me impide por más que limpio mis ojos con un puño para divisar poco.

Solo, huelo humo por algo ardiendo.

Supongo.

Y lloro más, porque quiero llamarla.

Llamarlos.

Llamarlo a él.

Y no lo veo.

Mi llanto aumenta, encogiéndome sobre mis rodillas y abrazándome a mi mismo en el piso mojado, ya sin importarme que la lluvia me colma y las luces me abruman.

Tengo miedo.

Los necesito.

Y me asusto más, al preguntarme a quiénes.

Porque...porque...

¿Lo olvidé?

Y lloro más, porque no lo sé.

—¿Por qué lloras, niño? —Y una voz infantil como cálida.

Me habla..."

Jadeo fuerte al despertar.

Mierda.

¿Qué, fue eso?

Y aunque, recuerdo por más que desperté a grandes rasgos más, ese jodido sueño que me sigue de años, procuro hacer memoria por la totalidad que segundos antes.

¿Era una casa de familia?

Hago fuerza haciendo memoria.

No, era una habitación de un niño.

¿Lo era?

Frunzo mi ceño.

Pero si era de un niño, ¿por qué, percibo una mujer también?

¿*Su madre?*

¿Hermana?

¿Había una en ese sueño?

Y exhalo aire frustrado, porque ya no recuerdo nada.

Solo el sobrante de lo mismo, maldita sea.

Una noche, una carretera y la jodida tormenta sin tregua cayendo sobre luces intermitentes colapsadas.

Me acomodo mejor sobre el gran tronco donde me senté y elevo mi vista al cielo, bajo otro asombro que llama mi atención.

Me dormí.

Si.

Bajo el cerezo y por tal diviso, no solo las copadas nubes grises de la llovizna de anoche que tapizan el cielo.

Si no también, al mirar en más detalle.

Que ahora las ramas que suaves se mecen por una brisa y que se cruzan en mi vista y del firmamento en un agradable maraña de diseño por sus irregularidades.

Lo que eran diminutos retoños, ahora son brotes declarados y ya muchos, mostrando el nacimiento de los futuros pétalos rosas por abrir.

Mi vista se mueve a la ventana de siempre abierta de la capilla.

Vine por más respuestas, cuando dejé el departamento de septiembre, pero y para variar, no obtuve nada, aunque sí, la sorpresa que me dormí en la espera.

Noto, que aún mi mano reposa en una porción de mi pecho, ya que la sensación en ese sueño, percibí latidos.

Lo sé, aunque no lo recuerdo bien, pero vigente en mí.

Palpo mi pecho.

Nada.

Ni un efímero sonido de lo que es eso, ahora.

Pero ilógicamente, porque no sé cómo es eso.

¿Por qué, lo presiento?

SANDRA

Es todavía temprano y la mañana que llega y miro por la ventana, revela una nublada por la lluvia de anoche y aunque fue breve y se detuvo, noto que puede más tarde hacerlo.

El fresco de afuera lo advierto y por eso la taza de té con leche caliente que bebo, lo aprieto

más entre mis manos para sentir su calor.

Antes de voltear y comenzar con la gran jornada que me espera, vuelvo a pensar en ese chico extraño.

Caín.

Sin saber por qué, tanta preocupación de mi parte por él siendo un total extraño y más, cuando de puro coraje lo traje a mi casa y eso en esta época, un potencial riesgo.

No termino de comprenderlo.

Pero, que tal vez hoy en el teatro lo vea por su promesa de devolverme mi abrigo blanco, me dé la respuesta de eso.

Me encojo de hombros.

Supongo.

Acaricio a Cactuín que sin perder vista de mí y desde el sillón, observa mis movimientos.

Un agradable ronroneo, sale de su parte por mis caricias haciendo que sonría, mientras busco que ponerme y recordando la falta de mi paraguas amarillo, cual sabe Dios, cómo lo perdí, analizo la idea de comprar uno a mi salida.

Pero cierta tristeza me embarga en solo pensarlo, ya que muchos años conmigo.

Era muy bonito en su simpleza total en ese tono, pero importante para mí, ya que y después del accidente, desperté tras varios días por mis heridas en el Hospital, con el junto a mi cama.

Mis abuelos lo pusieron y de lo poco, que me queda como afecto de ellos.

Pensar en eso, me seduce en visitar a mi abuelito en el centro de cuidados antes de ir al teatro y llevarle unas rojas y dulces manzanas que tanto le gustan.

Y sin dudar más, me alisto para ello, para minutos después y cargando mi violín y ropa para esta noche y ya en la parada de autobús, a tiempo aparece este para acercarme al nosocomio.

Personal me recibe sonriente, porque varias veces al mes lo visito y festejan alegres sabiendo como gusta de la frutas, al verme llegar cargando una media docena en una bolsa con algunas golosinas.

Me indican que está en la galería exterior, donde un lindo jardín cuidado es usado para sacarlos a pasear y no dudo agradeciendo, en ir a esa dirección buscándolo entre los pacientes y enfermeros que voy cruzando.

El edificio no es muy grande, pero sí, una gran edificación antigua y totalmente remodelada de mediado de siglo, para el confort de los ancianos como mi abuelo y con sus diferentes situaciones de salud.

Sonríó al divisarlo plácidamente en uno de los sillones de jardín y al lado de una mesita con un vaso de jugo casi lleno para él.

Una fina y suave cobija en color celeste, cubre su regazo y pies.

No me advierte todavía y por eso su mirada sigue perdida en el vasto jardín y la gente caminando por él.

Sufre de Alzheimer y ruego, que por solo un momento me reconozca.

—Abuelo... —Lo saludo cariñosa dejando mis cosas en la otra silla, besando su mejilla y sin poder evitar, abrazarlo largamente.

—¡Rita, viniste! —Me dice y me hace reír, negando.

—No abuelo, no soy la abuela... —Me emociono. —...soy Sandra, tu nieta...

Me mira largamente y un haz de luz en su memoria, dibuja en sus longevos labios.

—¡Sandrita, mi nieta! —Exclama alegre y reconociéndome, abrazándome más—. ¡Viniste! —Me palmea lento pero feliz, mi espalda.

—Como cada semana, abuelo. —Volviendo a besarlo y continuo a tomar asiento a su lado, le

digo para que recuerde y por más que sé, que cuando me vaya ya no. —¡Mira, te traje manzanas, tus favoritas! —Le muestro la bolsa abierta y sus ojitos grises y viejitos se abren maravillados, observando el brillo de su color y redondez—. También caramelos... —Prosigo, mientras con el platito y el cuchillo de plástico que pedí, pelo una mitad y se lo corto en pequeños pedazos.

Se lo deslizo hacía él y no duda su mano con lentitud pero sincronizado en llevar uno a su boca y masticarlo despacito, pero con placer.

Me mira mucho más feliz, al notar su dulce jugo como sabor y lo miro con amor.

—¿Está rico? —Pregunto y asiente, comiendo otra rodaja.

Suspiro feliz y me acomodo mejor sobre mi silla.

Le señalo mi violín que a mis pies, descansa en su estuche.

—¿Recuerdas que toco el violín, abuelo?

Niega, saboreando su fruta.

—No...

Me hace reír y finjo enojo.

—¡Pero si tú, hiciste que ame la música clásica y me llevaste a mi primer clase! —Le reclamo divertida.

Deja el trocito de manzana para mirarme y nuevamente, ese destello de luz por memoria, iluminan sus ancianos ojos.

—Calle Los Manantiales, esquina Capitán Bustos al 251... —Recita sin dudar, la dirección del prestigioso instituto que pagó por mí, como llevó y buscó por tantos años.

Y muchas veces.

Le sonrío emocionada.

Quedándose en la duración de mis clases, solo para observarme practicar y escucharme a través del gran vidrio de clases.

Inflo mi pecho.

—Pues, hoy tengo un concierto. —Le cuento.

—¿En serio?

Afirmo.

—Y mucha gente me va a escuchar en un solo... —Prosigo y le señalo mi bolso. —...con un bonito vestido blanco...

—...como un ángel... —Me interrumpe, feliz.

—Pensaba en una princesa... —Pienso, viéndome con él puesto y arreglada.

Sacude lentamente su cabeza.

—No, un bello ángel... —Dice y le doy la razón, porque solo quiero que sea feliz.

—Ángel entonces abuelo, como un bonito ángel voy a estar esta noche...

—Lleva el paraguas... —Me dice, sin dejar de ver el cielo nublado.

Mi turno de negar.

—Debo comprar uno. —Que me lo recuerde, hace que me haga una nota mental de ello—. Lo siento... —Sigo triste—... perdí el paraguas amarillo que con la abuela me regalaron...

Duda mientras toma otro pedacito de manzana y lo saborea largamente pensando, haciéndome rememorar cuando y antes de su condición, cavilaba sus pensamientos.

—Con la abuelita, nunca te lo compramos... —Cierta tristeza, copa su rostro viejito— ...el día del trágico accidente, las autoridades no los entregaron como parte de tu pertenencias con las de tus padres... —Escucho sorprendida.

No solo, por la insipiente lucidez que le embarga de golpe.

También, por la forma de hablar precisa y perder el hilo de su voz.

—El paraguas amarillo no era mío, abuelo... —Niego.

Mastica laborioso su fruta.

—¿Qué paraguas? —Suelta y esa corta, tierna y clara memoria se va, sin comprender lo que le respondo.

Suspiro resignada y hasta graciosamente por eso.

Amo a mi abuelo.

En la claridad momentánea que tuvo, seguro no recordó el recuerdo del regalo del paraguas amarillo.

Tomo la otra mitad de la fruta.

—¿Quieres más fruta, abuelo? —Ofrezco y sonriente me dice que sí, al ver que no le queda más pedacitos.

—Sandrita... —Me dice bajito y viendo como le corto más manzana.

Es muy viejito y ya le cuesta moverse por sí, solo.

Pero voltea para ver mejor el estuche que contiene mi violín.

—¿Me tocarías algo? —Me pide con ternura.

—¿Quieres que te toque, mi solo de esta noche? —Le ofrezco entusiasmada y como yo, asiente contento mientras nuevamente le doy el plato de fruta cortada.

Y no lo dudo.

Sacando mi instrumento y sentándome mejor, tirando mi pelo hacia atrás para mayor comodidad, los primeros acordes inundan el lugar.

Lo hago suave, melodioso y aunque cierro mis ojos para una mayor concentración y darle a mi abuelo mi mejor concierto.

Siento, no solo como muchos sean del personal, parientes visitando a los abuelitos o estos mismos, escuchando mi música.

Mi abuelito también, como lo hace atento a mis movimientos desde su silla y mientras yo le pido sin dejar de tocar.

Que mientras lo hago, su memoria esté presente otra vez hasta que termine, para que vea y no solo disfrute de mi melodía.

Y lo guarde en su corazón...

CAPITULO FINAL



Me había desmayado.

Dos grandes reflectores para la puesta en escena y bajo la orden de un técnico, son cuidadosamente subidos por cuerdas en el escenario por gente de su equipo.

La orden dice, en el centro del plató desde su altura y bajo la cúpula de cristal, que como el teatro, nació en su construcción con diseños Victorianos.

Maravillada veo eso desde abajo, mientras otros van y vienen con los últimos detalles a nada del concierto.

Uno, con una gran escalera cargando y por el trajín del apuro, casi me lleva puesta, pero gracias a Jeremías el director, tomando rápido mi brazo, me aleja de ese golpe.

—No deberías estar acá, Sandra. —Me amonesta viendo como yo, pero sin perder su carrera, como el chico me pide disculpas.

—Lo siento... —Murmuro. —...solo quería ver el armado de todo...

—Pues, si hubieras sido lastimada. —Verifica mi brazo, antes de soltarme. —Lo verías cómodamente en primera fila... —Señala mis dedos. —...porque no hubieras podido tocar ni las primeras líneas...

Tiene razón y asiento en silencio.

Pero era tan tentador salir detrás del escenario, aunque sea por solo unos minutos para ver los últimos detalles de todo esto tan importante para mí.

Mi primer concierto.

Ya a su final se puede sentir.

Al fondo del teatro y donde las grandes puertas con su tallado en madera y gamuza, van a recibir en poco tiempo el ingreso del centenar de invitados.

Al público con su leve murmullo a la espera del ingreso y eso, provoca más latidos acelerados y propios de la excitación en mi pecho.

—Ya, casi la hora... —Jeremías me dice, chequeando su hora y mientras recibe de un auxiliar de dirección unos papeles que ojea— ...la vestuarista y maquilladora te esperan, Sandra.

Y no lo dudo.

Apuro mis pasos hacia atrás del enorme escenario sin dejar de ver esos reflectores, ahora estratégicamente en su altura ubicados.

Sonrío.

Como ya acomodándose las ubicaciones de mis compañeros en pleno escenario con el piano de cola en su blanco pulido.

¿Por qué, lo presiento?

CAÍN

Mucha gente para mi gusto.

Demasiada.

Pero no me quejo, porque me permite pasar entre ellos sin llamar tanto la atención, aunque me gano un par de miradas de algunas mujeres en sus exquisitas vestimentas de noche y para la ocasión.

No llevar gorra y estar a la par de la muchedumbre masculina vestido de smoking.

No podía ser menos.

Llevar libre mi pelo de un casi blanco natural, resalta.

Pero hago oídos sordos y tomando con mejor agarre el abrigo de Septiembre, prosigo mi camino entre ellos y en dirección a las grandes puertas que conducen al escenario.

Paso entre los boleteros que a la espera, empezarán a recibir las entradas como dos chicas hermosamente vestidas un paso atrás y charlando entre ellas, ayudaran con la ubicación de cada invitado.

Ellos, ya no me ven.

Por eso, recorro el corto trayecto de alfombra roja y solo iluminada con una cálida luz, hasta llegar a unas grandes como segundas puertas labradas que dan la bienvenida al teatro.

Desde la altura y sobre las últimas butacas, miro todo.

Escenario, casi listo.

Los balcones a la espera del los invitados vip.

Técnicos yendo y viniendo, ante los preliminares detalles.

Y en la última fila del lado izquierdo formado por hileras de butacas, tomo asiento tranquilo.

Veo a septiembre hablando con su director.

No escucho desde mi distancia, lo que le dice reteniendo su brazo.

Pero sobre sus palabras, ella se marcha veloz tras el escenario muy sonriente.

Cruzo una pierna sobre la otra y mis dedos frotando mis labios pensativo, no dejo de observar a Septiembre como se va, para luego al director.

¿Acaso, son ellos dos los que tienen que unirse?

Todavía no lo sé, pero hoy es el día.

Hoy, yo siento que es la misión.

Miro hacia abajo, donde mi aljaba reposa sobre mis pies a mi orden.

Pero reitero, todavía no sé, cuál de los dos es su felicidad.

Y maldigo en voz baja por ello, aunque lo presiento cerca al momento, mientras me pongo de pie en busca de ella y a la espera de esa gran ocasión y percibiendo sobre cada ventana que compone el lugar, amenazantes truenos por la jodida lluvia con su temporada que no cesa.

¿Por qué, lo presiento?

SANDRA

Suspiros y aplausos recibo por mis compañeros, cuando al salir de mi vestidor me ven ya con el vestido y mi peinado que hicieron por mí, las chicas del vestuario.

—¡Estás hermosa! —Me dicen a coro, Batista y Félix.

—¡Preciosa! —Paul y Tommy.

—Un ángel... —Nazareno acercándose y tomándome las manos feliz, interrumpe al resto.

Mis mejillas arden por sus halagos y sonrío feliz.

—¡Ustedes, también muy guapos! —Exclamo, mirando a cada uno en sus perfectos trajes

oscuros.

Solo Nazareno se diferencia del resto, ya que viste de un blanco radiante de pie a cabeza, porque al igual que yo, tiene su solo en algún momento con su violonchelo.

Y siendo sincera, él realmente se ve como un majestuoso y bello ángel así vestido por sus naturales bucles dorados coronando su cabeza con esa mirada clara y celestial.

—¿Nerviosa? —Juan se preocupa y niego indecisa, haciendo sonreír a todos.

—¿De la emoción? —Creo que es la respuesta—. ¿Ustedes, no? —Miro a cada uno, inclusive a Naza.

Que este, sobre las exclamaciones del resto dándome la razón, suelta mis manos pero antes la besa con delicadeza.

—Creo, que esa es la palabra correcta. —Se sonríe. —Emoción por esta noche...

No puede seguir.

Un fuerte trueno lo interrumpe, haciendo sobresaltar a todos y a mí llevando mis manos a mis oídos con un grito de susto ahogado.

Las luces pestañean por culpa de la fuerza de la naturaleza con la tormenta que se avecina y miro la habitación.

—Espero que no haya corte de luz... —Gimo preocupada.

Nazareno sonríe.

—Los generadores que tiene el teatro, se harán cargo si eso sucede...

Y asiento, recordando ello.

La voz de la maquilladora siendo mi turno, me llama mientras otro ayudante de escena llama a los chicos para ir al escenario y alistar sus instrumentos.

Minutos después y agradeciendo el delicado maquillaje que me hicieron, voy tras las enormes cortinas en tono mora para observar el teatro.

Y de nervios como esa emoción que mencioné, mi estómago se retuerce ante la expectativa, viendo como las centenares de butacas de a poco van siendo ocupadas por el público, al igual que los balcones de los lados, cual mujeres en sus elegantes vestidos acompañados de hombres y con lentillas de mano, miran hacia el escenario, seguido de hablar entre ellas.

—Auch... —Susurro, nerviosa.

La necesidad de pasarme las manos por mi rostro, me colma para tranquilizarme.

Pero me abstengo, recordando el bonito maquillaje como mi peinado.

Perdidos truenos y una suave lluvia, ahora se sienten desde las ventanas y me quedo mirando como esas gotas que se agolpan sobre sus cristales, luego se deslizan lentamente hacia abajo siguiendo el recorrido de la misma pareciendo lágrimas.

Y la tentación me abrume de salir por solo un minuto a la galería interna y que el fresco cálido de esta noche, me alivie y de serenidad.

Cosa que lo hago y me doy la razón, ya que en solo abrir la puerta, una dulce brisa por la lluvia me recibe, revitalizando todo mi sistema nervioso por esta gran noche.

No camino al exterior, solo me limito a mirar desde mi distancia y dejando la puerta abierta para sentir cuando me llamen, en mirar el lluvioso exterior nocturno.

Soy la única en la galería.

Pero me obligo a mirar a mis lados, por sentir que estoy en compañía y cosa que me encojo de hombros, cuando no veo a nadie.

Exhalo un profundo aire sin dejar de mirar el pequeño jardín interno con su vegetación y flores cuidadas, como todas las oportunidades en mis prácticas que tuve tiempo para ello.

Siempre de día y hoy por primera vez de noche, causando por el temporal y ese leve manto de

oscuridad, un escenario entre melancólico y bello.

Un escalofrío por la fresca se apropia de mí y cruzo mis brazos desnudos, frotando mis manos en ellos.

Pero poco tiempo, ya que algo cálido me cubre sobre mis hombros y reconozco el abrigo blanco que lo hace.

Es el mío.

—Viniste... —Le digo a Caín sin sorprenderme su repentina aparición, aunque sí, como hizo para llegar acá, porque nadie ajeno al teatro puede ingresar.

—Dije que lo haría. —Responde.

Observando su traje negro de etiqueta, sonrío.

—¿Te quedarás?

—Es necesario... —Me dice y no comprendo mucho.

Supongo ante el compromiso de mi auxilio la noche pasada y por mi obsequio de las entradas.

—Gracias... —Prosigue y señalo, si es por mi abrigo sobre mis hombros.

Afirma.

Río, con gesto despreocupado.

—Lo hace cualquiera... —Niega.

—Poca gente en el mundo, ayuda.

—¿Conoces a todo el mundo? —Bromeo, pero la seriedad de este chico me anula.

Ya que hace un gesto como de sí, continuo a sonreír.

Pero una que no refleja alegría como tampoco, esos ojos claros y casi del tono de su cabello.

—Yo desearía que muchos de este mundo y que piensan que la abundancia de las cosas materiales sanará las cosas, no es la respuesta que buscan...

Lo miro raro.

¿Dijo, de este mundo?

¿No se incluye?

Me cruzo más de brazos y camino un paso a él.

—¿Quién eres, Caín? —Necesito saberlo.

O sea, es una persona como yo o cualquiera.

Pero ilógicamente, todo este chico irradia algo especial si es la palabra correcta.

Como este jardín internos con sus flores, la noche y la lluvia que sigue cayendo.

Porque él también, es melancólicamente bello.

Y repito, sin todavía poder descubrirlo.

Familiar.

Aunque la genética albina, si eso es el producto de su pelo natural como la palidez de su perfecta piel.

Extrañamente está lejos de uno, siendo imposible no sentirse con su presencia, extremadamente atraído a él.

Es misterioso.

Como un enigmático ser divino que se cruza en tu camino o bien, como un recóndito extraño que te incita a transgredir.

No lo sé.

Pero sí, que te pongas nerviosa al oírlo o sentirlo cerca y no me fue desapercibida en mí, aunque siempre con una duda latente.

¿Eso, lo hace bueno o malo?

¿Por qué, lo presiento?

CAÍN

Presiente algo de mí.

Duda.

Lo percibo.

Aunque no lo termina de resolver, cosa que tampoco yo desde la que la conozco con el motivo de relacionarnos.

Nunca hice eso con mis misiones, pero lo que sí comprendo, es que era necesario y el deseo de él.

Salvarla sin motivo aparente esa vez y yo quebrantar ello y no tener un castigo, me lo avala.

Alguien se asoma de golpe llamándola y Septiembre gira para responder.

Ya es hora del concierto.

Apenas me oculto tras unas de las arcadas de esta galería interior, cosa que me hace reír por esa actitud mía.

Una humana.

Ya que y cuando lo deseo, nadie puede verme.

Como ahora Sandra, volviendo hacia mí y al no verme, me llama y busca.

Seguido a algo desinflada por el fracaso y sin antes nuevamente, voltear por última vez antes de entrar por si aparezo, cerrar la puerta tras ella.

Siento mi pecho apretar y eso me sorprende.

Porque vuelvo a percibir esa sensación que no sé que es, oprimiéndome.

Mierda.

¿Qué, es eso?

El sonido de la lluvia que no deja de caer, me impide escuchar lo que es imposible pero siempre tuve curiosidad.

Latidos del corazón.

Y por segunda vez en la noche vuelvo a reír sin ganas, porque eso es absurdo.

Miro el cielo que por segundos se ilumina por un rayo, mientras evito que agua me moje.

Eso, es incoherente.

¿Por qué, lo presiento?

SANDRA

El final del último acorde por nosotros, dan fin al primer acto y un estallidos de aplausos por la gente, inunda y acopia el teatro.

Nuestro director al frente volteando, agradece con una reverencia seguido a algunas luces encenderse para que el público como nosotros, descansemos breves minutos en el periodo intermedio.

Alegría y festejo atrás del escenario, nos invade a todos felicitándonos, bajo las palabras también del director Jeremías.

Mi vista bebiendo algo de agua va a la puerta trasera buscando a Caín, como luego desde mi rincón a los palcos y butacas, por la gente volviendo a ocupar sus respectivos lugares.

Lo busco en la fila que mis entradas decían su numeración, pero es imposible por la muchedumbre divisarlo sentado, al igual que encontrarlo entre los que caminan para sentarse.

—¿Pasa algo? —Nazareno atento a mí, pregunta siguiendo mi vista y bajo la gruesa voz del director, ya anunciando el comienzo del segundo acto.

Y para mí, el más importante.

Porque, el turno de mi solo al comienzo de ello.

—Solo a alguien que invité... —Entrego la botellita de agua a un auxiliar.

—¿Vino? —Insiste y afirmo.

—Pero, ahora no lo veo. —Por última vez, chequeo al público que ahora volviendo a bajar las luces, imposible divisar algo.

—Estoy seguro, que está en algún lugar a la espera para verte, Sandra. —Nazareno me alienta y se lo agradezco.

Y ya no hay tiempo de seguir con la conversación, tomando mi mano y siguiendo a los chicos, retomamos los pequeños peldaños que no llevan otra vez al escenario.

Las enormes y elegantes cortinas del escenario están cerradas, solo se oye el bullicio del centenar de personas del otro lado.

Nazareno me guía con cuidado al centro del mismo y notando mi mano temblorosa por esta emoción difícil de explicar, la aprieta suavemente a modo de fuerza y como siempre, la besa suave.

Ya sola y acomodando mi querido violín y respirando profundamente para copar mis pulmones, lo exhalo luego, sacando cualquier tipo de nerviosismo en el momento que esos grandes reflectores que antes veía como lo iban subiendo, ahora su potente luz y cruzados, solo lo hacen a mi persona.

Me ciegan por unos segundos, obligando a levantar mi brazo y cubrir mis ojos.

Pero luego y con otro aliento que me obligo, lo bajo ya tomando mi posición frente al director haciendo levemente sonar su batuta en atril de cristal para alistarnos.

Acto seguido, ambas manos comienza a moverse siendo la señal de uno de mis compañeros con su majestuoso piano y a modo introducción para dar comienzo a mí, con el violín en manos de la obra de Mozart con *The Magic flute*, mientras las cortinas se van abriendo.

El público aplaude breve, notando mi presencia delante de todos y después guardan silencio para disfrutar de mi música.

Todo está, casi en la oscuridad absoluta.

Solo yo, iluminada en el escenario.

Lo percibo, ya que con cada bella nota clásica saliendo de mi violín, cerré mis ojos para entregarme completa a él.

Y como me pasa con la música.

Mi pasión.

Esa magia se apropia de mí, con cada nota y color que vuelca mi instrumento y mis manos en su poder.

Ya, no existe el público.

Tampoco mis compañeros y ni siquiera el director Jeremías o los chicos detrás de escena.

Solo soy yo y mi violín en nuestro mundo, envolviéndonos a ambos y como pentagramas cálidos y dulcemente, nuestra música.

Mi violín, suena.

No hay piso y tampoco un techo.

Mi violín, sigue derramando su canto.

Solo hay aire o un cielo, difícil de explicar.

El arco entre mis dedos, no deja de deslizarse sus notas en las cuerdas, inundando todo en su más bonita expresión musical.

Vuelvo a decir, únicamente somos mi amado violín y yo en nuestro espacio.

Ya casi finalizando, abro mis ojos mientras observo, no solo la mirada satisfecha del director

frente a mí, como de a poco y a modo contagio, el público por motus propio comienzan a ponerse de pie y regalarme sus aplausos.

Miro hacia un rincón en el momento que Nazareno al finalizar y tan feliz como todos, se acerca a felicitarme cargando en sus manos un gran ramo de rosas blancas para darme.

También veo y al fin a Caín entre las sombras.

Mi boca se abre recibiendo el ramo por inercia de Nazareno, que, al no prestarle atención, él también sigue la dirección de mi mirada y nota a Caín.

Apuntándome.

En realidad, apuntándonos a ambos.

¿Dios...qué es esto?

Con un arco y una flecha.

¿Por qué?

¿Es un ataque?

Y quiero mandar órdenes a mi cerebro para escapar y correr, pero mi cuerpo no reacciona.

Todo, parece un sueño.

Todo, se asemeja que sucede en milésima de segundos.

No lo sé.

Pero ni Nazareno ni yo nos movemos y solo lo miramos.

Creo que los únicos, porque a su vez, el público como resto actúan como si nada.

Pero sí, siento en mi estado estático.

Como una sola lágrima se desliza en mi mejilla, porque es suave y tibia haciéndose camino hacia abajo en mi rostro, sobre un tronador sonido que suena y retumba entre nosotros y el teatro, provocando que eleve mi vista al techo como resto de la muchedumbre.

Y todo esta escena, también sucede lentamente y como si fuera en cámara lenta en el instante mismo, que esa amenazante flecha de punta dorada lanzada por Caín, viene hacia Nazareno y a mí y en sincronía con un rayo que truena y ensordece sobre la tormenta desatada, irrumpiendo y tocando con su ira, sobre la cúpula de vidrio en el techo del teatro, causando que los cristales tras quebrarse y de a poco dibujando uniformes grietas en su diseño y ya, bajo el grito de horror de toda la gente, estas desfragmentándose, estallen y comiencen a caer al escenario.

Y con ello la copiosa lluvia entra, seguido de los amenazantes cortes del cristal como si fueran gotas filosas más a todos los que estamos arriba del escenario.

No puedo escapar, aunque sí, el movimiento de todos huyendo de sus lugares.

Como también y sin poder moverme al igual que Nazareno desde nuestro lugar, un peligroso fragmento de vidrio cayendo y surcando el aire para impactar, donde yo estoy petrificada.

Puedo sentir como mis pupilas, reflejan ese filoso cristal tipo daga, cayendo desde arriba mío.

Y sin embargo y en mi postura, solo abrazando más mi ramo de rosas, mientras me limito a verlo venir hacia mí.

Asimismo, noto como Caín sin dejar de mirarme y apretando su lado izquierdo del pecho, sus rodillas colisionan contra el piso cayendo.

Oh Dios...

¿Por qué, lo presiento?

CAÍN

Me ubico en un sector derecho y a una distancia prudente, apoyado en un lateral de muchas columnas que decora este teatro y del escenario.

Culminando el primer acto, observo sobre casi todo el público levantándose por un breack de

pocos minutos de sus respectivas butacas, como también lo hacen mientras se cierra el telón principal y con ello, Septiembre, su director tras saludar y resto de la compañía del escenario.

—No son ellos... —Murmuro para mí, viendo al director como Sandra marchándose. —...son ustedes... —Dictamino minutos después, que al abrirse de forma agraciada el bastidor y Septiembre luego de un delicado piano dando la introducción, comienza con su solo, seguido al terminar, el tal Nazareno se acerca y sobre el estrepitoso aplauso de todo el público, le entrega tan feliz como ella, un gran ramo de rosas blancas.

El tono de las flores, ellos en su perfección dorada y siendo los únicos vestidos con ese mismo color, me dice que son mi misión.

Miro hacia arriba, ya la tormenta se desató y con su lluvia, golpetea incesante a esa cúpula de vidrio que corona gran parte del escenario, siendo a veces por la luminosidad de los truenos refucilando, que iluminen de ese blanco ceniciento el cielo nocturno.

Estoy nervioso y no sé el motivo, pero no me impide acomodando mejor mi postura para relajar mis hombros y con gesto de mis dedos, aparezca y tome mi arco.

Respiro largamente.

Para luego y ya posicionado frente a mí y sacando una flecha de mi espalda, tomando una de punta dorada, cual avala que hago lo correcto por la pronta iluminación de la misma al estar tensa apuntando a ambos.

De un dorado y brillante perfecto.

Aumentando su intensidad mientras más la direcciono a ellos y para mi sorpresa, causando por primera vez que mis manos tiemblen levemente, al notar que ella me ve.

Ella me ve.

¿Eh?

Ella jodidamente me ve con mi arco y eso no puede ser, pero y pese a nuestra distancia, lo acusa su mirada como bonito cuerpo petrificado que amenazante y sin comprender, lo hago con mi arco.

Y hace temblar mi pulso, notando al igual modo que su compañero.

Esa pareja que va a estar atada a él, por la misión de amor, también.

Sabía que no era humano, su mirada sin dejo de preocupación y total calma que me abrumba mientras me mira, me lo confirma.

Pero...

¿Entonces ella siéndolo, por qué él, también?

Sacudo mi cabeza.

No importa.

Tenso más mi arco con flecha a los dos, más intimidante.

Y lo suelto.

Libero mi flecha sin compasión a su dirección, que surca el aire veloz y tajante hacia ella.

Porque, septiembre es mi misión y ella debe tener su felicidad.

Y con ello, todo sucede rápido y al unísono con mi flecha dorada siendo lanzada, obligando a mi vista a elevarla hacia arriba como todos.

Ya que en ese preciso instante, un rayo descarga su furia contra la cúpula de cristal, siendo consecuencia con su detonación que esta, seguido a quebrarse, estalle en docenas de fragmentos y los peligrosos guijarros de vidrios filosos, caigan al escenario amenazantes a todos los que están en él y con ello, la entrada de la copiosa tormenta invadiendo el interior del teatro ocasionando pánico, tanto al público como gente del plató y huyan despavoridos por una salida de escape.

Pero en el terror que me invade, notando que Sandra como Nazareno no, porque siguen sin

moverse, yo no sé que hacer.

Porque, no comprendo.

¿Si ella siendo su destino, no debía morir cuando la salvé esa noche, ahora sí, en la unión de su felicidad con él?

Y jadeo fuerte, porque me descubro que no deseo eso y por eso, un dolor incontrolable en mi pecho.

Es punzante, triste y me duele mucho.

Y me sorprende, porque yo no sé, lo que es sentir.

Sentir, las emociones.

Solo me alimento de ellos.

Y tomo con más fuerza un lado de mi pecho, hasta el punto de arrugar por la presión de mis dedos, el género de mi camisa.

Ya que condenada y realmente, siento muchísimo dolor.

Una angustia descontrolada, provocando que caiga de bruces y con mis rodillas al piso, jadeando fuerte por la intensidad de esto punzante lastimando dentro mío.

—¿Qué...es todo esto? —Balbuceo, procurando recomponer mi agitada respiración por contener esto que me duele mucho.

Todo sé, que sucede rápido, pero siento como si los segundo transformados en horas, nos invadieran a los tres al alzar mis ojos hacia ellos y bajo esa lluvia que no deja de entrar por la cúpula rota mojándolos con ese cristal yendo a Sandra como mi flecha.

Si, solo a nosotros tres, mientras en el tiempo natural, el resto sigue huyendo o escapando.

Y por segunda vez, no quiero que le pase nada a ella.

—Lo siento... —Le digo a él.

A Dios.

—...no lo puedo permitir... —El dolor aumenta y me arrastro sin dejar de apretar mi pecho. —...que se haga su voluntad en mí, después por desobedecer... —Procuro tambaleante, ponerme de pie con ayuda de la columna. —...pero siento... —No puedo creer, que diga que palpito esa emoción, porque es así. —...que debo salvarla, porque es mi misión... —Me impulso con la fuerza de un pie, para correr hacia ellos con la velocidad del mismo viento y usando de mis última energía para salvarlos.

No me importa si por desobedecer, ya mi futuro es incierto, porque siempre fui una pulseada o una apuesta entre ambos.

Dios y Lucifer.

Sin terminar de saber, si era bueno o malo.

Sigo corriendo hacia septiembre y Nazareno.

Pero si tengo claro algo y viniendo a mi mente en mi carrera, parte de mi sueño por siempre recurrente.

Salto al escenario, cuando llego.

Que yo necesito protegerlos, ya sin importarme que el agua del cielo.

La lluvia.

Haga contacto conmigo y siempre frente al humano debí evitar, porque nacen mis alas por motivos ajenos a mí.

Y lo único, que nunca pude controlar.

Y como tal, llegando hasta ellos y por mojarme completamente, nacen de mi espalda abriéndose de par en par, desplegándose en su gran tamaño desafiantes a la lluvia y con negrura, cual mientras sin comprender los dos, los rodeo con mi brazos a ambos y con mis alas, causando

no solo que al final mi flecha impacte en mi espalda, sintiendo la colisión y fuerza de su filosa punta clavada entre mis alas y jadee por el choque.

También y con otro movimiento, obligándolos a que se resguarden bajo mío, desencadenando que su ramo de rosas suelte y ello, centenares de pétalos blancos crucen el aire y sobre nosotros.

Que ese guijarro y filoso vidrio cayendo, también se clave como puñal y sin piedad, encima de mí.

El dolor de mi pecho se acopla al que siento en mi espalda y al grito de pavor por Sandra llena de llanto, que intenta salir para auxiliarme al igual que el chico Nazareno.

No puedo escuchar sus exclamaciones por más que veo sus incesantes movimientos, procurando detener una hemorragia de sangre que hasta a mí, me sorprende y brota de mi herida, mientras me recuestan contra el piso del escenario por lluvia intermitente que nos empapa y sin siquiera alarmarse los dos por mis alas.

No puedo oírlos por el agua y otro sonido.

Una pulsación que nace y escucho desde mi interior.

Una palpitación.

Luego otra y otra, que consecutivamente en su armonía, inunda mis oídos y late del lado izquierdo de mi pecho.

Y veo nublado al descubrir lo que es, llevando mi mano otra vez a ese lugar.

Al sentir.

Que son latidos del corazón.

Mis ojos se empañan.

Yo...tengo corazón y por primera vez lo que tanto quise saber que se siente, lo hago.

Latidos.

La lluvia aunque no cesa, detiene su intermitencia, pero las gotas de mis ojos no y me asombro también, palpando mis mejillas húmedas.

—Son Abel... —Ese chico Nazareno al fin habla, tomando mi cuerpo recostado para llevarlo contra el suyo y ver que me acuna con amor en sus brazos, mientras Sandra desgarrando su vestido, intenta detener mi hemorragia y pide a gritos auxilio, pero nadie nos presta atención. —...tus primeras lágrimas, hermano... —Con una mano en alto detiene la lluvia, para luego secar con cuidado mis lágrimas.

—¿Abel? ¿Hermano? —Dice por mí, septiembre sin comprender al igual que yo, ya que yo no puedo hablar.

Asiente.

—Ya es hora, que no sigas perdido... —Prosigue. —...vine a buscarte...

¿Por qué, lo presiento?

¿Por qué, lo presiento?

SANDRA

Mis manos sueltan el retazo de tela de mi vestido y que presionaba con toda mi fuerza y alma la herida de Caín por su flecha y vidrio, al escuchar a Nazareno y comenzar a comprender lo incomprendible.

No quiero ni deseo usar la palabra magia, pero milagrosamente soy testigo o espectadora de algo único y que cualquier ser racional si se lo mencionan de haber vivido, uno se le ríe en la cara y si aprecias mucho a esa persona, con amor le sacas turno con un psiquiatra.

Pero descabelladamente y viniendo a mi mente entre muchas cosas, nuestra última charla religiosa y de ángeles con los chicos en ese bodegón de pizzas.

Yo ahora de algo que dije que me gustaba creer, soy una prueba fiel.

Porque...porque...

Dios.

Estoy frente a uno y mis primeras lágrimas, comienzan a asomarse en mis ojos por toda esta milagrosa locura.

—¿Qué eres...tú, también? —Titubeo hacia Nazareno y notando que estamos atados los tres en todo esto. —¿Un ángel, también? —Ni yo me termino de creer, lo que digo en voz alta y sin comprender.

Porque Naza fue mi amigo por años, alguien normal y convirtiéndose con el tiempo, en el mejor con una hermosa amistad.

Él vivía, practicaba y asistía a clases como yo y cualquier persona normal.

Y me hablaba de sus padres en muchas charlas, hasta de un hermano.

Llevo de golpe, mis manos a mi boca para ahogar una exclamación notando algo que antes no me había percatado o tomado importancia.

Me hablaba en pasado.

Nazareno, nos sonrío cálido y lleno de paz.

—Mis padres murieron en un accidente automovilístico hace años... —Mira con ternura a Caín, que vuelve al igual que yo, inundarse de lágrimas sus ojos al escuchar eso. —...mi padre, pecó de cansancio frente al volante por mucho trabajo, manejando de regreso con nosotros, una noche y frente a una gran tormenta que azotaba en la carretera de regreso a nuestro hogar. —Suspira. —Ocasionalmente por la intermitencia de la misma y quedarse dormido, que colisione frente a otro coche que venía en la ruta y mano contraría, causando un gran infortunio... —Nos mira a ambos. —...donde de cada auto, solo sobrevivieron un niño... —Sus ojos, también se humedecen con esto último y ahora con su vista en Caín. —...salvándose solo, mi hermano Abel... —¿Eh? Me mira ahora a mí. —...y la hija de ellos...

Y mis lágrimas sucumben, comprendiendo y tomando la mano de Caín...

CAÍN

Su suave mano entrelazándola a la mía y ese dulce contacto, me hace tragar una fuerte respiración, recordando todo.

"—¡Abel! ¡Abel! —La dulce voz de mamá escucho, mientras despierto y siento sus pasos subir las escaleras que aumentan llegando a nuestro cuarto.

Me incorporo en el momento que abre la puerta y sonrío, al ver que bostezo largamente, mientras observo la habitación lleno de nuestros juguetes desparramados por jugar con mi hermano hasta alta horas de la noche, como su cama todavía destendida pero sin él.

Ya debe haberse levantado.

Ya que mi hermano por la emoción de este día libre, contaba las horas para ir a la playa.

—¡Abel a despertar, amor! —Mamá caminando hacia un mueble, saca algunas prendas de ropa para nosotros de un cajón, para luego mirarme. —¡Hoy, día de playa con los tíos y primos! ¡Eres el único que sigue durmiendo, cariño! —Me reprende sonriente y con ternura, viniendo hasta donde estoy y con beso maternal en mi frente, deposita sobre mis pies desnudos, porque todavía llevo mi pijama, ropa para que me aliste. —¡Vamos Abel, vístete que el desayuno está listo en la mesa, para salir al paseo que tanto esperaban! —Exclama para motivarme tan feliz como yo haciendo caso, mientras la veo irse, pero con la puerta a medio abrir, se detiene tomando mi paraguas amarillo que yo mismo elegí con mi hermano para protegernos de días lluviosos. —Hará falta si el tiempo cambia, que ojalá no... —Ríe, mirando

fugaz la ventana de nuestra habitación con el despejado y azul día.

Mi madre es hermosa y más, cuando sonríe.

Solo somos mi hermano mellizo y yo, y aunque no somos como gemelos idénticos, ambos heredamos ese color extremadamente claros de sus ojos, herencia nórdica de sus familiares, pero mientras mi hermano es de un rubio dorado como ella, yo nací con el color más nítido que muchas veces fui motivo de conversación y curiosidad de gente, por mi extraño color de un gris blanquecino al igual que mi pelo.

—El amor, es todo... —Repite como siempre lo hace a mi hermano y a mí, como a papá.

Su frase favorita y en su simpleza, el mandamiento de nuestra familia, cosa que profetizamos con mi hermano incondicional, pese a la burla de algunos compañeros de colegio o a veces burla de adultos y no terminamos de comprender por citas de unos personajes de la Biblia.

Dos hermanos que también se llamaban Caín y Abel y que parece, que no se querían tanto como mi hermano y yo.

Ya vestido y bajando las escaleras, me sumo a ellos en el desayuno y sin pérdida de tiempo con Caín, ya organizamos todo lo que vamos hacer en la playa.

Y llegando ahí, así lo hacemos con nuestros primos.

Jugamos en la arena, construyendo un fuerte.

Nadamos a la orilla de la playa todos.

Jugamos carreritas en su largo, festejando al ganador.

Almorzamos en familia.

Y al final de la tarde, agotados, somnolientos pero felices, recogiendo todo y subiendo al coche al despedirnos de nuestros tíos por tomar rumbos diferentes, regresamos a casa.

La lluvia que mencionaba mamá, se hace presente en la ruta y mientras juego con unos muñecos con mi hermano Caín atrás del coche y amarrados bien al cinturón, con mi hermano vemos como mamá amonesta a papá por estar cansado y haber trabajado hasta la madrugada sin haber dormido lo suficiente.

Papá ríe y dice que por eso, no solo pudo tener este día libre.

También, que terminando ese proyecto, sume que lo asciendan en su trabajo.

Mamá reniega sobre eso mirando hacia el lado de su ventanilla diciendo que no hace falta, que no necesitamos más y papá le discute.

No escuchamos mucho, por la copiosa lluvia que ahora se desata haciendo que mire nuestro paraguas amarillo que está en la luneta trasera, peromi hermano tomando mi mano, hace que voltee a él y lo encuentre que me sonríe con cariño.

—No temas, Abel... —Me susurra por la discusión de nuestros padres y por semejante tormenta que golpea el auto sin ánimo a parar . —...solo se regañan y ya van a reconciliarse, los papás hacen eso. —Me consuela como siempre, seguido a mirar la lluvia por la ventanilla. —Yo estoy... —Aprieta más, su mano entrelazada a la mía con cariño. —...siempre... —Es lo último que le escucho.

Porque por un movimiento involuntario de un volantazo de papá, colisionamos fuerte y duramente contra algo.

Damos vuelta y algo estalla.

Ya, no sé bien.

Solo, que la lluvia cae sobre mí, empapándome por completo y tiemblo de frío por no llevar mi camiseta de color y mangas largas, porque en la playa sentía calor.

Solo mi pantalón corto en color blanco.

Mi cuerpo duele.

Y algo profundo dentro mío, también.

Y lloro llamando a mis padres, bajo unas luces intermitentes como toda iluminación en la oscura y desierta carretera, sobre la poca visibilidad por mi pelo mojado por la abundante lluvia que no quiere detenerse.

Percibo humo.

Mucho.

Y sobre el asfalto y a la distancia, mientras en cuclillas me abrazo a mi mismo, dos autos accidentados.

Uno dado vuelta y otro metros más adelante, aferrado contra un enorme árbol.

—¡Caín! —Llamo a mi hermano. —¡Caín! —Toso en mi llanto, temblando de frío.

Lo llamo otra y otra vez, hasta que la gélida lluvia, atormenta mis pulmones y la baja temperatura como la humedad del agua, se apropian de mí.

Y tumbado desde mi rincón bajo la lluvia y una oscuridad que se acerca, mi llanto aumenta con ese nombre en mis labios, pero sin saber a ciencia cierta, por qué se graba en mi corazón.

Y en esa lobreguez, una dulce voz suena.

—¿Por qué, lloras niño? —Haciendo que eleve mi vista, al escucharla y encontrarme.

Una niña de mi edad e inclinada hacia mí, vestida de blanco..."

SANDRA

Mis lágrimas no quieren detenerse y lloro silenciosamente más, ante el contacto de mi mano y la suya unidas con la aparición de mi sueño que desde el accidente con mis padres, recurre en mí en muchas noches.

Pero ahora, con más nitidez y comprendiendo todo.

Miro a Caín llorosa.

Ya que él, era el dueño de ese llanto infantil.

Él, era ese niño que ya veía con claridad bajo la lluvia y esas irregulares como copiosas luces que cegaban nuestra visión.

Producto del accidente de ambos coches.

Su familia y la mía.

Él era, ese niño que no recordaba su nombre ni quién era y yo, solo quería consolar dentro de nuestras tristezas.

Y él era como yo también en ese sueño recurrente, que lo alenté a montarse en ese carrusel de bonitas y alegres luces, cual al vernos brilló más por nuestra presencia.

—Estuve en coma mucho tiempo... —Murmuro, explicando el motivo milagroso de ello.

—Y mi hermano, divagó en un plano fuera del cielo y lo terrenal... —Nazareno explica lo intencible, por nuestra fuerte conexión en ese nefasto accidente que nos unió.

Los miro lagrimosa y triste.

—¿Entonces, tú y él... —No puedo seguir, pero Nazareno afirma tiernamente.

—Si... —Mira a su hermano... solo que Abel, se perdió y necesitaba encontrarse y lo lograrías descubriéndose a si mismo...

—¿Las misiones? —Caín habla, dolido por la herida. —¿Por qué, tu nombre y no el mío?

—Fue lo último que recordaste Abel...y la voluntad de Dios fue dejarte ese recuerdo que proclamaste como nombre hasta que llegara el momento...

—¿Mi última misión? —Murmura mirándome, pero Nazareno niega.

—En realidad, no era tu misión... —Me mira. ¿Eh? —...era la misión de Sandra...

—¿Qué? —No entiendo—. ¿Mi misión?

Asiente.

—La de guiar al empezar a descubrir su humanidad mi hermano, en conducirlo a su felicidad...no él a la tuya, ya que y pese a todo, tú eres felicidad...

CAÍN

Soy humano.

Siempre lo fui.

Y entiendo ya todo y con ello, cual nunca me creía capaz, más aflora y escucho en mí.

Mi querido como humano corazón, latiendo y más lágrimas, que no dejan de deslizarse por mis mejillas.

Al igual, al ser cumplida lo que era la misión de septiembre y encontrarme.

Y mi hermano Caín, ya lejos de ese nombre Nazareno y recordar que soy Abel.

Que vino porque es la hora de buscarme...

Y con esa conclusión, algo nos ilumina.

En realidad, yo.

Y es por mis alas que sobre esa única pluma blanca entre todas las oscuras, estas se tiñen sobre un halo dorado que me envuelve, en blancas también.

Ya, mi herida no me duele y a su vez, mi flecha dorada desaparece y con ello cumpliendo su cometido, me inunda de amor.

Sandra conmovida llora y niega.

—¡No...no se vayan, por favor... —Nos ruega. —...se los suplico! —Exclama tomando mi brazo, porque como yo y mi hermano, sabemos que es la hora y algo nos llama de arriba, lleno de amor.

La miro con cariño y la mano que se aferra a mi brazo, la cubro con una mía.

—Gracias por encontrar mi felicidad, septiembre... —La miro con dulzura, seguido de abrazarla y mis alas ahora de un blanco puro, también envolviéndola. —...estuvimos siempre unidos, no me olvides por favor... —Le imploro, ahora yo.

Sacude su cabeza sobre mi pecho con un llanto furioso.

—¡Si lo estamos...no puedes abandonarme con Nazareno...no lo hagan! —Gime desconsolada.

SANDRA

Me aferro a Abel con todas mis fuerzas.

No lo voy a dejar ir.

No los voy a dejar marcharse para siempre, ya que uno fue mi mejor amigo y el otro un pedazo de mí.

No tiene que ir al cielo, él se tiene quedar conmigo y me niego a ello abrazándolo más.

Lloro.

Y lloro más, cuando y pese a todas mis energías de retenerlo, sus alas blancas que me envolvían y con ese nimbo luminoso que irradian, con delicadeza dejan de hacerlo al igual que sus cálidos brazos que me rodeaban.

Les grito que no.

Les vuelvo a rogar que no me dejen.

Vuelvo a llamarlos por sus nombres, pero es en vano y me derrumbo sobre esa luz y una oscuridad que me embarga y bajo mi llanto.

Que no cesa...

3 MESES DESPUÉS...



"El amor, es todo..."

Y sonrío.

Ya no más ese sueño de antes, ahora, solo este y con la dulce voz de Abel diciéndomelo.

Me desperezco con ganas, incorporándome en mi cama y rasco mi pelo revuelto sentándome, para ponerme las pantuflas e ir a la cocina.

Enciendo la cafetera, seguido de abrir el refri por algo de leche, para cortar el café como servir un poco en el tazón de Cactucin.

Pero no verlo por ningún lado, me hace buscarlo.

Nada.

No está.

—Gatito parrandero... —Río, bebiendo de mi taza y yendo a la mesa de mi comedor para ojear feliz y centésima vez, la portada del periódico de ayer, donde en primera plana y ocupando toda la dimensión de la página, dice en lo que me convertí en estos largos meses, producto de una entrevista que me hicieron.

La nueva generación de la mejor violinista femenina de esta época.

Sonrío, satisfecha y orgullosa.

Pero lo cambio inmediatamente por un suspiro mirando mi cama, donde una vez Abel descansó en él, seguido a la ventana con su despejada y bonita mañana.

Lo extraño mucho.

Los extraño mucho.

Tiempo ya que pasó lo del teatro y tiempo mismo, que sobre el incidente que sucedió por culpa de esa odiosa tormenta que descargó su ira y con un rayo en la cúpula, el rompimiento de la misma, causando destrozos, pero gracias a Dios y sobre el pánico de todos, nadie milagrosamente heridos.

Diríamos que mágicamente también, nadie recordó lo sucedido con Caín, Abel y mi persona arriba del escenario.

Ninguno.

Absolutamente, ninguna persona vio lo que creo más ferviente.

Ángeles.

Solo y únicamente, yo.

Ni siquiera el director Jeremías como el resto de los chicos, de Nazareno y su violonchelo.

Con lo sucedido esa noche y después de mi solo, continuo a la catástrofe del techo, desperté al otro día en el Hospital, qque según mis compañeros, me desmayé.

Y milagrosamente.

Ningún guijarro como filoso cristal al romperse la cúpula, tocó alguna zona de mi desvanecido cuerpo, mientras iban en mi auxilio y rescate.

Causando que por eso, muchas veces piense que solo fue un jodido y lindo sueño lo de Caín y Abel.

Me visto ligero para ir a comprar algo de fruta.

Hooy visito a mi abuelo y quiero comprar las mejores manzanas para él.

Pongo mis llaves en la cerradura, así salgo.

Pero disiento de eso, cuando veo lo que está apoyado junto a la puerta de entrada y ni sé, como llegó nuevamente hasta mí.

Sonrío feliz.

El paraguas amarillo a mi espera, ante cualquier día de lluvia...

FIN.

Epílogo



Un año más después...

—¡Hasta luego y muchas gracias! —Saludo desde el umbral del mi nuevo hogar, mientras despido al camión de mudanza con Cactucin en brazos.

No me mudé de ciudad, jamás dejaría a mi abuelo, pero sí, a un barrio residencial más cerca de él y con mayor tamaño como comodidad.

Y lo que me gustó.

A poca distancia de una bonita capilla en la cuadra siguiente, donde un hermoso árbol con su jardín, florece en esta época.

Y todo se lo debo a un ahora, reconocimiento público como en la violinista que terminé en convertirme y siendo este último año, felizmente ajetreado y con la compañía haciendo una gira por varios países, bajo un estricto programa de conciertos en los mejores teatros.

Usando este merecido descanso de par de semanas, hasta que la productora que ahora nos licita y en conjunto con el director, armando uno nuevo para esta nueva temporada que se nos avecina, la usé para mi mudanza definitiva en este bonita zona.

Beso a mi gatito entre mis brazos.

—¿Atún para ti y un sándwich para mí? —Le digo, como oferta de almuerzo tardío.

Su maullido con ronroneo sobre mi pecho, me dice que muy conforme, haciendo que ría.

Lo dejo en el suelo para tomar de los pequeños peldaños la única caja que quedó de mis cosas.

Pero Cactucin al abrir la puerta, no entra y más bien, corre hacia la acera feliz.

—¡No, no hagas eso! —Exclamo dejando la casa y cerrando la puerta para buscarlo.

Todavía y al igual que yo, no conoce el barrio y mi terror es que pierda.

Por eso voy tras él.

—¡Cactucin! —Lo llamo y acelero mis pasos, viendo que sin hacerme caso y como si nada llegando a la esquina, dobla para seguir camino. —Dios, no... —Gimo jadeando, corriendo y al llegar, también doblar donde mi gatito lo hizo.

Pero en la extensa cuadra, ya no lo veo.

Totalmente, desapareció.

Camino por la acera esquivando a personas que lo hacen, mirando techos y ventanas, porque tal vez, se escurrió subiendo.

Nada.

Y casi llegando al final, me detengo pensando que hacer.

Puede que haya continuado en las calles siguientes, pero Cactucin no es de hacer eso.

Jamás se aleja de mi lado y cuando está solo en casa, se mantiene en el alfeizar de la ventana que siempre le dejo abierta, porque le gusta mirar al exterior.

Y decidida, me vuelvo sobre mis pies para regresar e inspeccionar mejor la cuadra.

Pero sobre algunos pasos, detengo mi pie de golpe, obligando a que voltee sobre un hombro, al final de la calle otra vez.

Es una música.

En realidad, por la música que antes en mi frenética búsqueda no advertí, pero suena dulcemente, tocando con su familiaridad mis oídos y corazón.

Ya que es igual y la misma canción clásica, como hasta juraría de una.

De mi perdida cajita musical, que me regaló mi abuela.

Y locamente, la que sonaba en el carrusel de nuestros sueños con Abel.

Mis manos se hacen puños sobre mis lados de puro nervios y emoción, con cada corto paso que hago siguiendo la melodía y que parece, que viene de una pequeña tienda al final de la calle.

Aunque era mía y sentirla después de mucho tiempo, provoca que mi corazón acelere y lo que nunca dejé.

De extrañar y llevar conmigo a Abel.

Me recuerda a él, más que nunca.

Al llegar me detengo en los dos escalones que te hacen ingresar al local.

No llega a dos metros su fachada, pero su cartel como lo veo que abunda en su interior al tenerlo en frente, es una tienda de arreglos.

Relojes de muchos tamaños, diseños y tiempo de edad con otras cosas antiguas o no, tapizan sus estantes y mostrador.

Y detrás de este, un chico de pelo negro que aparenta mi edad de espaldas y totalmente ajeno a mi presencia, murmura a lo que sea que carga en sus brazos, de forma dulce.

Y lo que sostiene al verme sobre uno de sus hombros maúlla alegre.

Es Cactucin.

Y causa eso, que él voltee.

Lleva un delantal de cuero para proteger su ropa del trabajo sin abandonar mi gato, mientras sonrío a modo bienvenida.

Pero su bonita sonrisa, no es lo que me hace tambalear.

Tampoco, que no me entrega a Cactucin.

Me apoyo, contra el marco de la puerta de ingreso y sobre los escalones, por la necesidad de mucha fuerza que necesito.

Porque...

Es igual a Abel.

—¿Se encuentra bien? —Al notar mi estado, da vuelta la madera del mostrador para salir y venir hasta donde estoy, al ver que con mi mano ocultando mi boca por no poder creer esto y tragándome un grito, me derrumbo en su escalinata.

Suelta a Cactucin que viene a mi encuentro y lo abrazo contra mí, sin poder gesticular todavía una miserable palabra.

Dios...

¿Qué, es todo esto?

Pero no puedo seguir con mis conclusiones, ya que una mano masculina que viene del chico, me ofrece un vaso de agua.

Lo acepto sin musitar, mientras noto que también toma asiento a mi lado y bebiendo el agua, mi corazón late más estrepitosamente.

Es Abel.

Es igual.

Solo que lejos de su pelo blanco, ahora lleva uno negro como la misma noche, pero misma palidez.

Mismo fisonomía.

Mismos rasgos.

Misma voz.

Y mismo tono de ojos de ese blanco ceniciento...

—¿Eres nueva? —Al ver supongo que tomo color, me habla y asiento.

—Me mudé hoy... —Apenas puedo decirle.

Y se sonríe.

—También yo... —Alegre. —...hace unos días... —Señala su tienda tras nuestro y esa siempre música sonando de la cajita musical. —...abriendo hoy mi negocio. —Alza entre nosotros y Cactucin su mano. —Soy Ángel... —Se presenta.

¿Se llama, así?

¿En serio?

Sacudo mi cabeza, dejando el vaso.

Guau.

—Sandra... —Me presento, aceptando su mano y como una dulce descarga, creo que tanto él como yo al tocarnos, lo sentimos.

Ya que, mira nuestras manos unidas y se sonríe más.

Y yo, lo hago también.

—Septiembre... —Me susurra, ocasionando que pestañee.

Abel, me decía así.

Escalofrío.

—¿Perdón?

Suspira y suelta mi mano para señalar del otro lado de la calle y a metros nuestro.

—Es mi mes favorito y que el que está transcurriendo... —Tiene razón, estamos en ese mes. —...y por aquello... —Eleva su índice para señalar la capilla que adoré cuando la vi y una de mis decisiones para mudarme acá. —...la amé cuando la vi y aunque es vieja, irradia algo cuando la veo, como familiar... —Me dice y guau, porque de igual manera yo. —...sin mencionar su viejo, pero florido árbol de cerezo... —Ambos lo miramos totalmente de acuerdo.

Es frondoso como de gran tamaño, resguardo la vieja iglesia tan antañona como él mismo.

Sus ramas irregulares y creciente con sus tupidas hermosas flores en su rosa, lo afirman y cual, desde la ventana de un lado y que enfrenta el cerezo por estar abierta, podemos ver algo del interior de la capilla.

Mi vista vuelve a él y descubrir que me está mirando sin disimulo y profundamente, me abruma, causando que me ponga de pie de golpe algo tímida.

—De...debo volver... —A tientas, hablo haciendo mi pelo a un lado para tomar a Cactucin. —...yo tengo la mudanza... —Señalo del otro lado de la cuadra y tras mío. —...y dejé todo...

Sentado sobre los escalones y cruzando sus brazos sobre sus rodillas, creo que le hace gracia mi torpeza, ya que su siempre sonrisa, se extiende más mientras asiento en silencio.

—Somos como vecinos...y seguro no veremos por ahí... —Suelto, retrocediendo unos pasos, cual solo sigue asintiendo, mientras soy un mar de nervios.

Mucho para procesar por este dulce milagro, después de pedirlo mucho en este poco más de un año y medio.

—*El amor, es todo...* —Creo escuchar por él, sin dejar de caminar. —...*el amor, lo puede todo...* —Volteo, porque sí, creo oír bien de su voz, por más que lo siento como un murmullo.

Pero ese susurro que escuché de su parte, lo niego al notar que, cuando giro ya no está.
Siendo en milésima de segundos, improbable que desapareciera como si nada.

—Imposible... —Me digo a mi misma, como a Cactucin en mis brazos—. ¿No? —Igual, busco su apoyo por toda esta locura.

Y sonrío contra mi gatito, que maulla tan feliz como yo.

Locura, pero...

Miro el cielo.

Que disparate y todo, alguien escuchó mi pedido de amor.

A Abel...

Fin.



Cristo.bal.5015



Cristo_libros16



@cristolibros



Familia literaria



Pipper13

Agradecimiento

A Karla Gianella Mena Reyes

y

Rita Tellez con cariño...